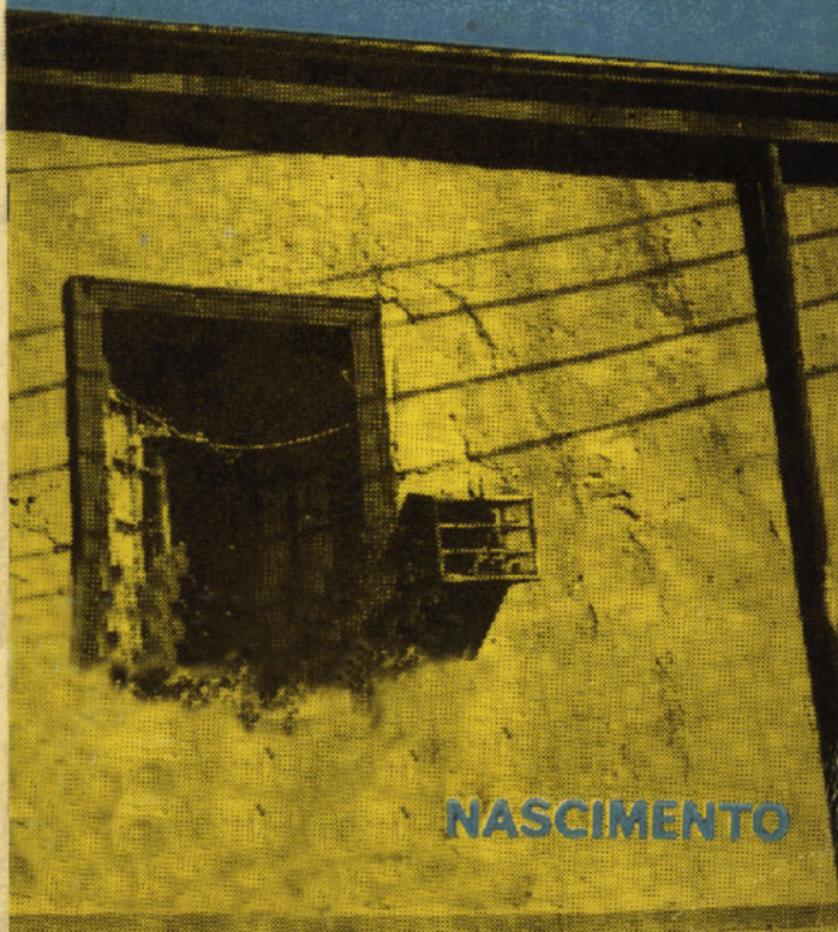


LUGARES COMUNES

José
Miguel
VARAS



NASCIMENTO

colección vilanos

LUGARES COMUNES

GRUPO EDITORIAL

CHACON, 1968 (biografía)

BORAL, 1963 (novela)

SUCEDER, 1950 (novela)

CALHUN, 1968 (novela)

Portada: Osvaldo Salas

Fotografía: Antonio Quintana

OTROS LIBROS DEL AUTOR

CAHUIN, 1946 (cuentos y crónicas).

SUCEDE, 1950 (novela).

PORAI, 1963 (novela).

CHACON, 1968 (biografía).

José Miguel VARAS

LUGARES COMUNES



EDITORIAL
NASCIMENTO

LUGAR

23

JOSE MIGUEL VARAS

1969

N.º 3404



Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento, S. A.
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1969

NOSOTROS

*Escúchame
quiero decirte algo
que quizás no esperes
doloroso tal vez.*
("Nosotros", bolero).

—¡Contéstame! —dijo ella.

Yo escuchaba la radio del auto, no podía hacer otra cosa, es hipnótico, nunca he podido dejar de

—Pero dime algo... ¡habla! —gritó casi. Estaba muy pálida. Le había vuelto el tic del ojo izquierdo, el que tenía cuando la conocí tomando sola su pisco solo ("trago de puta") en el bar. Los faroles de la calle dramatizaban su cara a intervalos, a medida que los pasábamos, como en una bonita película italiana. El taxi, un Ford espacioso, avanzaba muy suavemente bajo los árboles que, en esta parte de la avenida, alcanzaban espléndida espesura y se unían en un toldo oscuro sobre la calzada.

—Estás pálida —le dije mirándola fijamente; pero mi atención seguía puesta en la radio.

—E interesante —dijo ella, con una especie de resoplido de furia—. Tu maldito sentido del humor. Pero, ¿no puedes de veras, no puedes... no quieres que hablemos?

En la radio, el locutor decía: "Sí sí sí... Caracoles", haciendo silbar las eses, un poco a la española o a lo argentino de Buenos Aires, ¿shabésh? No. No tanto, más bien como Raúl Matas.

—¿Qué? —dijo ella—, ¿qué mierda estás mascullando? ¿Raúl Matas?

—No —le dije—, no grites, es que

Me había hecho perder el hilo. El locutor ya estaba en "nuestro diario documental del corazón... (pausa de gran efecto) ... La Melodía del ... (pausa) ... Recuerdo Zearam ... esta noche connn..." Y la música entró justo, unos sesenta violines Love is a many splendored thing.

Ella hizo un ruido ahogado y se quedó muy derecha, con las manos juntas muy apretadas sobre su famosa y ya desgastada carterita de napa (regalo del suscrito), y el ojo le saltaba.

El majestuoso caudal de violines fue vacilando, adelgazándose, entreabriéndose, para dejar paso al rasgueo campechano de las guitarras, pueblerinas, bobaliconas. El locutor dijo con trémolo: "Nosotrosh" y ya el solista comenzaba en su falsete: "Escúchame / quiero e-decirte algo".

La miré por si advertía la coincidencia (antes ella siempre), pero sólo escuchaba su tumulto interior (como estuve) o lo que fuera, y el ojo le saltaba.

—Quieres decirme algo —le dije.

No se movió. Pensé que no me había escuchado. Después habló en voz tan baja, que apenas pude oírla:

—No sé si valdrá la pena.

“No”, pensé.

Se quedó callada de nuevo, abstraída. El ojo estaba inmóvil ahora y, al pasar, la luz de un farol lo iluminó enormemente azul. Se veía bien, la tonta.

En la radio, el locutor decía: “...onzález que esta noche ha sido favorecida en nuestro espacio documental del corazón... La Melodía del... (pausa)... Recuerdo Zearam con... ¡tres pares de medias Zearam! Medias Zearam... *se-harám* sus favoritas. La señorita González podrá escuchar su Melodía del Recuerdo que es el lindo bolero “Nosotros”, de Pedro Junco... ¿Recuerdan, mis amigas, el gran éxito de Los Quincheros, hace veinte años y de nuevo hace diez, hace cinco años? Es que es una melodía *In-mortal*. Sí, sí, sí. Y ella nos contará *su* historia documental del corazón que está ligada a esta canción que ha inspirado tantos romances. Esa será esta noche nuestra Melodía del... (pausa)... Recuerdo Zearam”. Aplausos.

Cuando en el auditorium de la radio se enciende la luz “aplausos”, el público aplaude. Otra luz: “risas” y todos ríen disciplinadamente durante 16 segundos, “risas” que cesan de golpe cuando se enciende la luz roja: “silencio”.

Ella dejó escapar una risa áspera:

—¿Dónde estás, dime? ¿Aquí o dónde? ¿Te importa algo siquiera lo que te digo?

Levanté el viejo dedo the old finger para advertirle que estaba cayendo en el radioteatro. Era nuestro convenio. Dramáticamente le contesté:

—¡Yes!

Se puso roja. Me habría matado.

—¡Cielo santo! —silbó—, eres una hiena.

Radioteatro no, era más bien televisión doblada en México. Asentí pero no dije nada porque ya había comenzado a hablar la señorita González. Su voz era absolutamente insípida, aguda y plana, sin acento ni pasión alguna, tan inexpresiva como el chirrido de un grillo o una llave de agua que gotea: “Sí a mí el bolero Nosotros me trae recuerdo porque así conocí a mi marido”.

El locutor: “¡Caracoles! Sí sí sí... Así conoció a su marido, ¿no? Je je je. (Luz: “risas”; el público: risas, risas). ¿Y cómo, dígame, ah, cantando lo conoció? ¿ah? ¿Mmh? ¿Cantando ese bolero?”

La Voz: “Sí o sea no, fue en un baile, yo iba ir con una amiga porque había un joven o sea a mí me gustaba y ella lo conocía porque andaba con un amigo de él me dijo vamos tonta así lo conoces era ahí en el Comercial ahí era el baile entonces”.

—Quince días sin llamarme —estaba diciendo ella, tal vez la continuación de algo que yo no había escuchado.

—Sí sí —le dije, casi como el locutor—, ¿qué?

—¡No te hagas el idiota! —alzó de nuevo la voz y repitió el resoplido de furia (una novedad)—, te digo que has estado quince días sin llamarme, así, como si tal cosa y ahora —hizo algo como un sollozo.

Levanté el viejo dedo de advertencia the old warning finger, pero no le dije nada porque la radio estaba hablando.

La Voz: “No, yo no me casé con el joven ése que me gustaba me casé con otro porque...”

El locutor: “Muy bueno, je je je... Sí sí sí... Son cosas que pasan, ¿no? (“Risas”: risas). Pero, en fin, no nos

adelantemos, ¿ya, linda? Quedamos en que usted y su amiga fueron al baile del Comercial, ¿verdad?”

La Voz: “Mm”.

El locutor: “¿Y? ¿Fue como todos los bailes? Orquesta, el bifé pagado aparte, claro, adornos con papelitos de colores... ¿Sí?”

La Voz: “No, la entrada daba derecho a un sánguche o un dulce y una bebida, claro que si se pedía algo aparte eso se pagaba aparte”.

El locutor: “Ajá... Claro, naturalmente. Bueno, pues. Y al comienzo, uno llega y mira, ¿no es cierto? ¿Mmh? Echa su miradita, ¿no? Para ver cómo está la cosa, ¿mmh? ¿Usted lo hizo así, mmh, echó su miradita?”

La Voz: “Sí”.

Yo la miraba con seriedad, ponía una cara comprensiva. A veces movía un poco la cabeza, asintiendo, pero lo que ella decía me llegaba con intermitencias, deshilachado, porque yo seguía escuchando la radio. Hablaba de Juan, cuando no.

—Tú sabes cómo es Juan, así, sapo, solapado. Esa manerita indirecta que tiene: “¿Has visto últimamente a... hace su pausa el muy carajo y después, aparentemente sin mirarme: Fu-la-no?” Pero si yo lo encaro y le digo: “Sí, lo he visto, ¿pór qué?”, entonces él pierde interés y me pregunta por la niña: “¿Ha estado de buen apetito últimamente? Está un poco paliducha”. ¡Me dan ganas de sacudirlo, gritarle!

La Voz: “O sea ella me presentó al joven que a mí me gustaba pero él había venido al baile por interés de otra niña o sea en realidad a él gustaba mi amiga y a mi amiga también le gustaba él porque ella se había peleado con el otro pololo que tenía bueno yo no sabía entonces él me

habló me dijo que no fuera a parecerme mal pero que él no tenía interés mejor dicho o sea por qué no me juntaba con otro joven que había venido solo al baile él me lo podía presentar”.

El locutor: “¡Caracoles! sí sí sí ¿y usted aceptó?”

La Voz: “Sí quiba ser”.

El locutor: “Bien bien, pues. ¿Y así entonces conoció a su marido, señorita... digamos señora González?”

La Voz: “Sí entonces me lo presentó bailamos varias veces después quedamos de acuerdo para ir al biógrafo y nos seguimos viendo hasta que nos casamos”.

El locutor: “Y fueron muy felices y colorín colorado. Perfecto. Sí sí sí. Pero dígame señori-señora González... ¿de González? Este, ¿tuvieron niños?”

La Voz: “Sí, una niñita ahora tiene tres años”.

Ella hablaba de la niña (y de Juan, claro):

—A esa edad es cuando más necesita la seguridad, el afecto de los padres.

—Sí —le dije—, ¿qué edad?

A ella le saltó el ojo de nuevo. Me habló con rostro convulso:

—Cuatro años. ¡Lo sabes perfectamente!

—Perdona — traté de aplacarla levantando el dedo.

Ella había vuelto a su tema:

—Juan, le dije, entiende: a mí no me importa que no te acuestes nunca nunca más conmigo.

“Si no te importa, ¿por qué se te quiebra la voz?”. Lo pensé, pero no lo dije.

—Que andes por ahí con quien se te ocurra, pero piensa en la niña. Su edad. Ella necesita sentir afecto, lo nor-

mal, el papá y la mamá juntos. Su mundito, su techo seguro. ¿Por qué no pones de tu parte por lo menos...?

El locutor: "...ñorita González... Usted nos ha traído esta noche un encantador documento del corazón en nuestro espacio La Melodía del... (pausa)... Recuerdo Zearam, presentado por las insuperables Medias Zearam... Medias Zearam... *se-harám sus favoritas*. El bolero "Nosotros" resumió esta vez una historia simpática y feliz, muy humana por lo demás. A usted le trae alegres recuerdos, ¿verdad?"

La Voz: "No tan alegre porque al año mi marido se fue con otra mujer y me dejó sola con la guagua".

Se produjo un largo silencio, esta vez sin necesidad de la luz "silencio". Sentí la garganta apretada. De repente los ojos se me llenaron de lágrimas (lo mismo que cuando la Margaret O'Brien está tan enferma y uno sabe que se va a morir en la película "Mujercitas", cosas así son las que me hacen llorar, nunca lo propio), y escuché a lo lejos la pregunta que ella repetía y repetía:

—Dime, pero dime, ¿me quieres todavía?

Estaba rompiendo todas las normas. Aclaré la voz con dificultad mientras escuchaba y veía como en un pizarrón las palabras de La Voz ("se fue con otra mujer y me dejó sola con la guagua"), un strip tease tan total; y en la radio, que parecía muerta, la pausa se alargaba insoportablemente.

—¿Me quieres todavía? —repitió ella una vez más, desamparada, sin ningún estilo.

Traté de lograr una sonrisa amistosa, casi tierna, pero no comprometedora, me dolían los músculos de las mandíbulas, y le recordé:

—Esa pregunta no vale. El número 8, ¿te acuerdas? Los matarifes en el Crillon.

Teníamos los chistes numerados. Bastaba decir el número y nos reíamos como locos. A veces estábamos pensando en chistes diferentes, igualmente aplicables al caso. Al verificarlos nos ahogábamos de risa. Pero eso era antes.

—Eres una mierda —graznó ella y comenzó a abofetearme. La sujeté de las muñecas, muy delgadas y débiles, mientras ella se debatía jadeando, pero sin hablar, lo que me permitía seguir escuchando la radio.

Hubo una especie de tos, unos crujidos y el locutor farfullando: “Muy sensible... estee... ¡caracoles! Créame señora... sí sí sí... en fin, bueno, usted se ha ganado tres pares... TRES PARES... de las insuperables...”

La Voz: “Medias Zearam... *se-harán* sus favoritas”.

El locutor: “¡Muy bien! Y ahora, rapidito, rapidito, aquí están sus medias”.

La Voz: “Muchas gracias a Medias Zearam”.

El locutor: “Sí sí sí nos queda muy poco tiempo, escuchemos pues, esta Melodía del ... (pausa)... Recuerdo”.

Casi instantáneamente entró el canto, mientras en el auto ella forceajaba aún y yo la sujetaba de las muñecas: “Escúchame / quiero e-decirte algo / que quizás no esperes / doloroso tal vez”.

—Tú siempre me has engañado con tu marido —le dije.

Palabras mágicas. Se calmó de golpe. Como si lo hubiera ensayado, abrió la cartera, sacó la polvera, se miró dos segundos en el espejito (el ojo estaba inmóvil), se empolvó la nariz, volvió a guardar la polvera.

—¿Dónde estamos? —murmuró mirando por la venta-

nilla—, ¡pare! ¡Pare aquí! —le gritó al chofer. Bajó con un portazo (“como las empleadas”, habría dicho ella misma antes), y se fue taconeando, muy tiesas sus celebradas piernas de esquiadora. Observé que se había bajado a tres cuadras de su casa, donde siempre antes, por precaución.

—Volvamos al centro —le dije al chofer.

Era un hombre viejo, tristón, que manejaba con cautela, con el volante tomado firmemente, a dos manos, apretado contra el estómago, como si fuera la llave de una compuerta. La maniobra de hacer virar el auto le tomó largo tiempo. En la radio: “nosotros / que del amor hicimos / un sol maravilloso / romance tang divino / nosotros / debemos separarnos / no me preguntes más”.

—Perdone —le dije—, ¿podría poner el fútbol?

Santiago, 1968.

ACHAO

“SEÑOR MINISTRO DEL INTERIOR. SANTIAGO. RUEGO A US. TENGA BIEN ORDENAR QUE MATEN A MI HIJO LUIS ALBERTO R. ANTES LO SIGAN MARTIRIZANDO SEÑORES CARABINEROS LO TIENEN DETENIDO. ESTA FALSAMENTE ACUSADO ABEGIATO. PIDE MADRE DESESPERADA. ES GRACIA. ATENTAMENTE.

CELIA R.

(Texto del telegrama enviado por la denunciante Celia R. al Ministro del Interior el 27 de marzo de 1962).

Tenemos problemas con nuestros corresponsales. Este es un diario especial, “el diario del pueblo” y especiales son también nuestros corresponsales. Ignoran hasta los elementos de la técnica periodística, pero están poseídos de una pasión por la justicia y la verdad que los lleva frecuentemente a correr serios peligros. A veces, también, a cometer errores, a reemplazar los hechos por alegatos elocuentes. No obstante...

Veamos, por ejemplo, el caso de Celia R. La información venía dentro de un sobre medio oficio, escrita en papel sellado. La acompañaba una carta:

“Compañero Director:

esta nota se tomó la información a muchos camaradas y viendo que realmente es así (es perfecta verdad) y la angustiada señora ya no encuentra más refugio, es que tira este último cartucho, ya sin miedo de ser desmentida ni nada. Pero como los señores Carabineros de Chile nunca pierden terreno, iguales que los curas jamás se encuentran culpa, esto quizás quedará sin efecto. Pero estaremos nosotros, camaradas y lectores de nuestro diario para al siquiera leer y poder saber la gente este abuso con una indefensa mujer campesina se podrá hacer la claridad correspondiente referente al orden social en que vivimos, esperamos con agrado estas publicaciones...”

Después la firma y al lado la palabra *Reservado*, con mayúscula, subrayada, y entre paréntesis (que suele ser, para nuestros corresponsales, la forma suprema de subrayar). El relato de Celia R. fue dictado por ella y escrito palabra por palabra, escrupulosamente, por el corresponsal. Escrito a mano porque nuestros corresponsales no disponen, salvo excepciones, de máquina de escribir. En vez del papel corriente de imprenta (papel N.º 263, cortado en carillas de tamaño carta), que enviamos a los corresponsales, esta denuncia venía en papel sellado de Eº 0,05, válido para 1961-1962. Así lo exigió la denunciante pensando que esto daría mayor fuerza y un cierto carácter legal a su denuncia, que en algunos momentos, pese a estar dirigida al diario, adquiere el tono de una petición de clemencia. Se transcribe a continuación:

“Un día 19 de diciembre de 1961 salió mi niño mayor de la casa junto con los hermanitos más chicos a las barrancas en busca de nalcas y al regreso, como descansando, se tendieron en una pampa donde pastoreaban unas ovejas de un vecino que venía a ser rival conmigo. El niño es juguetón, andaba trayendo una pelota y con ella corrió a las ovejas como divirtiéndose, cosa de (chicos), pero como dicho vecino lo estaba mirando, cambió palabras groseras con el niño, el niño, claro, le contestó igualmente. Así entonces, no pudiendo vengarse por sí, dio cuenta a los Carabineros que lo pilló robando las ovejas y como pagándoles les dio un buen cordero y chicha tomaron.

“Entonces vienen y lo toman a mi hijo, lo apalearon hasta que les dio gusto y gana, lo torturaron ocho (8) días y la comida que yo le llevaba al detenido se la daban al chanco que engordaba el cabo. Por fin el niño se fugó y vino a comer a mi casa, pálido y flaco que daba no sé qué. Por miedo no regresó al retén más bien se fue a casa de un vecino y se quedó ahí no más, escondido, pero los Carabineros tuvieron dato, fueron, lo tomaron y lo llevaron al retén y a mi hijo lo flagelaron de nuevo amarrado de pies y manos, que confiese que robó los animales porque yo lo mandé. En la noche empezaron a tomar chicha con el vecino dueño de las ovejas, así quedaron borrachos en estado intemperante los Carabineros. Mi pobre hijo se desató los nudos a donde lo tenían amarrado y escapó, sin duda esa noche lo habrían muerto y cuando ellos despertaron de su borrachera buscar al detenido y qué pasó: ya no está. Entonces fueron a mi casa y entraron donde yo estaba durmiendo con mis hijitos chicos, la puerta han echado abajo, no me dieron tiempo siquie-

ra para ponerme algo encima, así me sacaron a golpes de carabina y me llevaron al retén con amenazas. Hicieron lo que quisieron conmigo, yo andaba enferma como es natural en la mujer más ellos con la borrachera ni se fijaron ni oyeron mis gritos. Me llevaron a la pesebrera y ahí lo hicieron.

“Al otro día, cuando ven su ropa manchada con la sangre de mi mensual, se sacaron la ropa y me llevan al agua con una barra de jabón para que se las lave, pero luego van viendo como estaba yo tan estropeada, sin duda se asustaron y me dejaron ir, a los vecinos aconsejaron que ninguno me prestara embarcación para trasladarme a la Superioridad a poner la queja.

“Mi hijo sí consiguió quien lo llevara a Puerto Montt, consiguió un trabajo y se quedó quitado de bulla. Pero a los cuantos días nuevamente lo detienen porque de Achao habían mandado la orden en que dicen que está acusado de robo de animales, por fuga y faltar a la autoridad y no sé cuántas cosas más. Nombré al abogado García de Puerto Montt para que me lo defienda, pero este caballero me pide trescientos mil pesos por trasladarse al Juzgado de Achao. Soy una pobre mujer, para más el tizón hace dos años me dejó en la ruina, apenas gano para vivir con lo que se puede cultivar y algún animalito que se cría con el favor de Dios. Sólo le pude dar cinco mil pesos al señor abogado y ya no puedo reunir otro dinero. Sólo me restaría vender mi propiedad para la defensa de mi hijo, ya que él es el único padre de sus hermanitos chicos, son huérfanos de padre. Y ya el vecino de las ovejas me anduvo mandando decir que si le vendo no va a tener más molestias el niño y ofrece un pre-

cio que mejor es regalar todo y salir de una vez a pedir al camino.

“Ahora pido al Señor Director que intervenga en favor del recluso que sufre tanta injusticia, pido clemencia, igualmente va una nota al Ministro del Interior”.

Hasta aquí llega el relato de Celia R. Luego, el correspondiente agrega:

“Ultima hora.—La afectada denunciante expuso en nueva visita que su hijo ya antes dicho, el jueves 22 de marzo a las 4 de la madrugada fue nuevamente su hijo flagelado, caso que ya no pudiendo más y muy enfermo, lo llevó un agente el 23 del corriente al Hospital, por esta causa ella mandó telegrama al Ministro del Interior que lo mande matar (adjuntamente va), y no esté sufriendo en carnes vivas por estos sicarios ya que estos flagelamientos lo imposibilitan para ser una persona de salud para el trabajo y hasta un hombre normal jefe de familia. En el Telégrafo del Estado de todos los chilenos, no quiso el jefe dar despacho al telegrama a pesar de estar en términos de todo respeto”.

Finalmente, en un rincón de la última página, con letra difícil de descifrar, se lee:

“A mí que soy su madre pido que mejor lo maten. Seré confortada por Dios si lo voy a dejar a la sepultura. Saluda atte. Celia R.”

El texto del telegrama al Ministro aparece al comienzo.

Santiago, 1962.

LA DENUNCIA

—Vengo a poner una denuncia —dijo el carpintero.

Digo carpintero por varias razones. Es fácil reconocer a un carpintero; de construcción, digo yo. Mueblista tal vez cueste más. No sé. Poco vienen aquí al diario mueblistas. No tienen mucha vida societaria, parece. Bueno, barnizadores tampoco vienen mucho, pero también es fácil reconocerlos. Por las manos. Siempre tienen los dedos amarillos, casi café. Nunca les sale bien el barniz. Además, tienen el olor. Claro que igual uno se puede equivocar. Con el mucho fumar también se ponen los dedos amarillos, casi café. Y el olor..., bueno, hay vinos que se parecen a la trementina.

Pero este hombre era carpintero. No hay que ser un Sherlock Holmes. Cuando uno ha estado veinticinco años haciendo "gremios", aunque sea en un diario de "orden"... Entró, pues, muy derecho; y eso que ya era viejo, tendría unos sesenta, a los sesenta años un obrero ya es viejo; a los setenta están hechos una ruina, hablan solos, viven haciendo colas, todos torcidos y desconfiados, hablando en las oficinas por la cuestión de las pensiones.

Tieso era el hombre. Pinta de nortino. Moreno, buenos

dientes, grandote. Podía haber sido del salitre antes. Pero ahora era carpintero. Se le notaba en tres cosas.

Una: que entró con el sombrero puesto, bien derecho, metido hasta las cejas. Y si no hubiera tenido tanta ceja, más se lo habría encasquetado.

Otra: que el sombrero estaba desteñido a más no poder, manchado de transpiración y con salpicaduras de yeso.

Y otra: el hombre andaba con chaleco.

Todavía, por si hubiera alguna duda, se le asomaba en el bolsillo de arriba el metro amarillo de madera, y el lápiz. ¡Puro carpintero!

El carpintero de construcción trabaja con el sombrero puesto y se acostumbra a no sacárselo nunca. Por el sol. Yo creo que no se lo saca ni para dormir. Y lo usa bien encajado. Por dos razones. Una: el viento. Difícil que se sujete un sombrero con ala. El albañil usa la cascocha, con puntas o recorte cuadrado en el pedacito de ala que le dejan y le pasa un corrión oscuro respunteado para bonito. El estucador se hace sombrero de papel, de los sacos vacíos de cemento; o se pone boina de color, de ésas que las viejas tejen a crochet. Los enfierradores usan a veces un gorrito redondo de género plomo, algo así como de cotona. Los pintores andan siempre con esos "yokes" de propaganda que regalan las fábricas de pintura. Así que el carpintero viene a ser el único que usa sombrero con ala. Y otra razón por qué lo usa tan metido, aparte del viento, son los bromistas. Nunca faltan en las obras. Y lo primero que se les ocurre es: "Oye, vamos a botarle el sombrero al carpintero". Les dan ganas, por lo mismo que el carpintero se ve más arreglado, y el sombrero más pintoso. Imagínese lo que es bajar cinco, seis o siete

pisos por entre puro andamio para recoger el sombrero y después volver a subir y que al llegar arriba se lo vuelvan a botar. Por eso, si los carpinteros se pudieran poner el sombrero apernado, apernado se lo ponían. Con el sol, el sombrero se destiñe, se aclara, se pone casi blanco. Pero con el sudor se oscurece en el borde, y se blanquea de nuevo con el yeso que se le salpica “sin querer” a algún gracioso.

También el chaleco, decía. En estos tiempos, nadie usa chaleco. El carpintero sí. No se halla sin chaleco. Es cómodo porque deja los brazos libres y abriga el pecho que es lo más delicado. Arriba, en los andamios, sin vidrios ni techo ni paredes ni nada —apenas suelo y eso—, hace hielo incluso aquí en Santiago en este tiempo. Los albañiles, los enfierradores se mueven, caminan, hacen fuerza. No necesitan mayor abrigo. Transpiran y se conservan calientes. Siempre moviéndose. El carpintero no. Tan pronto tiene que aserruchar en la mesa y transpira, tan pronto tiene que dibujar, tomar medidas, parado ahí un largo rato. O clavar. Transpira, pero se enfría, que es lo dañino. Por eso el chaleco. Invierno y verano. En invierno, con camiseta, un forro de papel de diario y chaleco debajo (nunca encima). En verano, con la camiseta no más y hasta he visto carpinteros trabajando con el puro chaleco encima del cuero desnudo (y con su sombrero puesto, claro está).

Por eso digo carpintero.

El carpintero dijo:

—Vengo a poner una denuncia.

—Diga no más.

—Mire, ve, yo vengo a poner un reclamo contra el teniente Vergara, de ahí de la Comisaría de San Francisco, ésa que está en la cuadra tres o cuatro, cerca de un descampado que siempre hay unos muchachones jugando al fútbol a la hora que usted pase, serán ociosos, digo yo, muchachones grandes, patilludos, jugando a la pelota todo el tiempo, sin...

—Sí —le corté—. La Comisaría de San Francisco esquina de Santa Cruz.

—¡Ecolecuá! Oiga, mire, ponga ahí que el teniente ése es un ... —vi que se le hinchaba la vena en la frente al recordar la injuria—, ¡bellaco! El perla, muy creído, con su bigotito de pije...

—Espere un poco. ¿Por qué no me cuenta todo desde el comienzo?

Pero no me escuchó. Siguió:

—Pero le va a llegar, porque yo fui hasta la Asistencia a buscar el certificado, por aquí lo ando trayendo, a ver —se buscó en los bolsillos—, ¡bah! ¿Dónde se metió? ¡Aquí está! ¿Ve?

Me pasó un papel con membrete de la Asistencia Pública: "...examen de alcoholemia..., petición del interesado... Juan Núñez Núñez... no había alcohol. 12 horas 17 minutos... Doctor A. González D."

—Bueno —le dije—, esto comprueba que Ud. no había tomado alcohol. Pero explíqueme qué pasó, cuál es la denuncia que Ud. quiere hacer.

—El teniente ése, Vergara, diz que se llama...

—No, espere. Antes. ¿Por qué llegó Ud. a la Comisaría? ¿A qué fue?

Sacudió la cabeza molesto.

—Pero, ¿no le dije? Del conventillo donde viven los “lanzas”, ahí en la calle Gálvez...

Yo no pude evitar sonreír.

—¿Qué “lanzas”, don Juan? No me ha contado.

El se dio cuenta repentinamente y se le pasó el enojo:

—¡La pucha! De veras que Ud. no sabe nada, ¡me! y yo aquí... —dejó escapar una gran risa, mostrando todos los tremendos dientes de caballo, blancos y enteros, menos una tapadura de oro arriba. Luego comenzó por fin su relato.

—Resulta que yo andaba esta mañana recién pagado, mire ve. Tenía unos treinta mil pesos en la cartera. ¿A ver? No, menos. Eran veintiocho mil doscientos. Sí, porque a la salida me estaba esperando el judío del semanal, por la cuota de un corte de género que le compré. Así que le dí los mil quinientos y de ahí a los veintinueve mil setecientos que saqué, me fueron quedando veintiocho mil doscientos. Eso. Esta mañana el jefe de la obra no me dio trabajo, así que cobré y salí como a las once. Y este diablo del judío, ¿cómo sabría, digo yo, que yo iba a salir antes? Bueno. Le pago y tomo la micro para la casa, ahí en la esquina de Lira con Santa Victoria. Iba llena y con el calor me anduvo dando como sueño. Me corrí atrás, yo no soy de éstos que se quedan dificultando adelante, parece que echaran raíces, lo que pasa es que les gusta refregarse con las fulanas que suben. ¿En qué iba?

—En la micro. Se corrió atrás.

—Sí, pues. Y medio me quedé traspuesto. Hacía calor y un olor de aceite quemado, bencina y gente. Usted sabe, en estas micros, todo el humo del escape sale por debajo y sube entre las tablas viejas para que lo respire uno. Así que iba

yo, despierto pero volado, agarrado de una manilla, con la chaqueta abierta por el calor. Entonces dos fulanos se me colocan uno a cada lado. Al comienzo no me dí cuenta de nada especial. La apretura era muy grande y al frente mío había una ventana medio abierta: no era tan raro de que trataran de estar cerca. Al poco rato, uno de los dos fulanos sacó un diario grande, lo abrió bien abierto y empezó a leer. Estaba todo incómodo, me incomodaba a mí, a una señora que iba sentada y a un caballero chico que iba al otro lado de él. Pero seguía empeñado en leer y leía muy despacio, moviendo la boca como si rezara, todos los avisos económicos. "Andará buscando trabajo", pensé yo, medio con lástima y medio con sueño. Trabajo... ¡Cómo no que quería trabajo! Mientras él maniobraba con el diario, el compinche maniobraba metiéndome la mano en el bolsillo. De repente el lector se aburrió. Cerró de golpe el diario, lo dobló, se lo echó al bolsillo y empezó a forcejear por detrás de mí, abriéndose camino para bajar. El otro fulano que estaba al lado derecho mío, se fue muy apurado hasta la puerta y bajó corriendo, porque ya la micro partía. Casi en seguida mi "compañero" del diario llegó a la salida, pero la puerta se le cerró en las narices. Tironeó dos o tres veces la correa de la campanilla, pero los choferes son sordos, como usted sabe. Entonces se tramó a forcejear con la puerta, que no cerraba bien, hasta que la abrió. Y al verlo forcejear, yo desperté, se puede decir. Vi todo clarito, como una película, los dos fulanos uno a cada lado mío, la diablura del diario, el apuro por bajar. Ya antes de tocarme el bolsillo *sabía* que la cartera no estaba; así que de golpe llegué hasta la puerta, quedó una vieja gritando atrás, pegué un tirón y salté a la calle en un solo

impulso. La fuerza de la micro me hizo correr y así pude caer como un azote encima del lanza, que iba por la vereda andando ligero, pero no corriendo, y que no me esperaba.

—Espere. ¿Cuál fue el que usted agarró? ¿El primero o el segundo?

—El segundo, pues, El primero ya no se divisaba.

—Entonces, ¿cuál de los dos le había sacado la cartera?

—Ya le voy a decir. Como le iba contando, voy y agarro al fulano. Era flaco como una lagartija, pero tenía fuerzas. Tuve que agarrarlo muy fuerte para que no se me fuera. De puro seboso se me resbalaba con el tironeo, resoplando los dos, se me iba quedando medio desnudo, porque la ropa se le hacía tiras y huilas y ya estaba mostrando por un lado las costillas, el pecho todo huesudo y hasta escapulario andaba trayendo. De repente se suelta una mano, la mete a un bolsillo y me la tira a la cara. Pero yo también fui boxeador antes en el norte. Ni supe como le hice el esquite, así que me pegó en el hombro y sentí al tiro el ruido de la tela rasgada. Mire, aquí, vea como me dejó.

—¡Puchas! Le dejó la hombrera al aire. ¿Y cómo le hizo eso? ¿Con cuchilla?

—No. Si era muy mañoso éste. Con una Graciela.

—¿Graciela?

—Sí, pues. Esas que hacen con un corcho y filos de hojas de afeitar para todos lados. Las usan éstos para marcar a los que los entregan.

—¿Graciela dijo que las llaman? ¿Y por qué?

—Qué sé yo. Debe ser por la media gracia. Je, je, je. Bueno, pues, ¿en qué iba? Ah, sí. Entonces en lo que me dí cuenta, le agarré firme la mano en que tenía la Graciela y

se la apreté. "Lárgala", le dije. Se puso pálido y se quejó, pero no la largó. "No seas mañoso, lárgala", y apreté otro poco. La largó y con eso ya se entregó. Se le vino el alma a los pies. La mano debe haberle dolido, le sangraba. "Déjeme vendarme", me dijo decaído. "Claro, y así te vas", le dije. Pero lo dejé que se vendara, sujetándolo firme. Ya estaba entregado.

—¿Y no había nadie en la calle?

—Ni un alma. Estábamos en San Isidro con Granado, más o menos. La micro ya había dado la vuelta. Esa calle es así, hay horas a todo sol en que penan las ánimas. Bueno. El tipo se vendó con un pañuelo más negro que su alma y se hizo el nudo tirando una punta con los dientes. "Ahora", le dije yo: "entregándome la carterita". "No la tengo nada", dijo él. "¿Y quién la tiene?" le dije yo. "La tiene el otro". "¿Ah, sí?, vamos andando donde los carabineros, aquí cerca hay una comisaría". Cuando oyó "carabineros" se puso verde y empezó a rogarme que no, que no, por Diosito. Como vio que yo no insistía mucho, me dijo: "Oiga, vamos a la casa donde está el otro y ahí le damos la cartera". Yo pensé la cosa. A mí lo que me interesaba era la cartera, no andar tonteando con carabineros. Claro que era medio peligroso ir a la casa de éstos, pero qué tanto sería, lo bailado no se lo quita nadie a uno, quien no se arriesga no pasa el río. "Vamos, le dije, ¿dónde es la casa?" El me dice: "Es en Gálvez". Vamos andando...

—Espere, espere un poco. ¿Cómo es la cosa? No me diga que Ud. fue con el lanza a la casa de él... a buscar su cartera...

Me miró algo ofendido:

—Sí, señor. Claro que fui.

—Pero es que yo no habría... a mí no se me...

—Yo sí, señor —dijo con un fuerte y definitivo cabezazo—. Me fui con él ¡y qué fue!

—Nada, nada. Siga no más.

—Nos largamos a caminar como malos de la cabeza. Por San Isidro hasta Eleuterio Ramírez y después entremedio de todo el puterío. A esa hora venían levantándose las niñas, todas rancias, con papelitos en el pelo y en bata, con las colchas amarillas y azules que tienen, colgadas en las ventanas para que se orearan, preparándose para la noche, ¿no ve que hoy es sábado? Yo lo llevaba firme del brazo al lanza, pero disimulado. Claro que a él lo conocían y por ahí le gritaron: “¡Ya te pescaron, lagartija!” Le quedaba bien el nombre. Así, anda que te anda, llegamos a San Diego. “Vamos por aquí para ver las tiendas”, me dijo el Lagartija. Y endilgamos por San Diego, entre la gente que iba y venía. ¿De dónde saldrá siempre tanta gente en esa calle? Echamos una mirada a los zapatos en “La Sombra”, había unos bonitos huesillos donde Echave, una verdadera montaña, y vimos un terno barato en el “Blanco y Negro”, pero sin chaleco, de esos que le llaman “ambos”, ¿por qué habrán dado en la flor de hacer la ropa sin chaleco?

—No sé, es menos la gente que usa chaleco ahora. ¿Y llegó a la casa de los vivos esos? —le pregunté.

—Eso debe ser —dijo él pensativo—. Lo que es yo, sin chaleco no me acostumbro, es como si me faltara algo. Sí, pues, llegamos. Era en la cuadra nueve de Gálvez, pasado Diez de Julio. Un conventillo más feo y negro que una mue-la picada. Angosto, el suelo todo mojado, las viejas lavando

en medio, gritándose unas a otras y gritándole a los chicos moquillentos que gateaban en el barro y el agua nos caía a goterones en el cogote mientras pasábamos a la pieza 10, que era la de éstos, de la ropa colgada a secar en unos alambres, muy alta, sostenida con coligües. “Aquí es”, me dijo, “pase”. Yo le dije: “No, pasa vos primero, mierda”. No se lo dije por educado, sino por precavido. “No hay para qué ofender”, me contestó con cara de perro apaleado, y entró. Ahí estaba el otro.

—¿Y le devolvieron la cartera?

—¿Usted qué cree?

—No sé, pues. No se me ocurre.

—Me la devolvieron. Pero tuve que alegar mucho. Primero se iban agarrar entre ellos y se desataron en herejías. Hasta que vino un niño de la pieza del lado, golpeó y cuando le abrieron dijo: “Manda decir mi mamá que pongan la radio más despacio porque la guagua está enferma”. Se fue y nos quedamos los tres mirando. El Lagartija empezó a reírse callado, sacudiéndose: “¿Se da cuenta? ¡La radio!” y luego nos reímos los tres. Al final, discutimos más amigablemente. Yo les dije que si no les daba vergüenza robarle toda la plata a un hombre de trabajo. El otro se quejó de pobreza, de mala suerte, y encima este idiota del Lagartija, póngase en mi lugar. El Lagartija estaba todo amargado, se había sacado la venda y se estaba echando mercurio cromo en las heridas de la mano. Bueno, pues. Así que al final transamos y me devolvieron la cartera con diecisiete mil pesos, en eso quedamos, y el resto era de ellos.

—¿Y usted aceptó?

—¿Qué iba a hacer? Acepté. Tomé la billetera, el fula-

no apartó la plata de él y salí. Me fui caminando hasta Diez de Julio, doblé hasta San Diego, llegué hasta la plaza Almagro. Iba feliz hasta cierto punto, cuando se me ocurre contar la plata de nuevo. ¡Y me doy cuenta que me han hecho lesa!

—¡Cómo! ¿Le habían vuelto a sacar la plata?

—¡Qué sé yo cómo lo hizo este diablo! Yo no le había despegado el ojo. La cosa es que en vez de los diecisiete mil había unos once no más. Me dio toda la rabia. Porque lo que es el abuso de confianza, eso sí que no.

—Entonces fue a la Comisaría.

—No, todavía no. Volví al conventillo a ver si los encontraba. Pero claro que se habían hecho humo. Eso era verlo. La pieza tenía puesto un tremendo candado en la puerta. “Para que no les robaran”. Me dio tanta rabia, después que uno ha sido gente con ellos, que me fui a la Comisaría. Vuelta a caminar, ahora por Eyzaguirre, hasta San Francisco y después hasta la esquina donde están los verdes.

—Ya, ya. Entonces ahí se topó con el teniente que me dijo al comienzo.

—Sí. Ahí estaba el lindo con su bigotito. Soberbio. Lo calé en cuanto le eché la vista encima. Lustradito y perfumado. Porque lo ven a uno modesto, que es hombre de trabajo, al tiro sacan la huasca. Perros que son. Pero seguí adelante. Le conté todo, le dí la dirección de los lanzas, todos los datos. Y adivine qué hizo él.

—¿Qué hizo?

—¿Usted cree que tomó nota de la denuncia como debe ser? ¿O que mandó un carabinero a que me acompañara al conventillo para verificar?

—¿Mmm?

—¡Pues no, señor! Se puso furioso. Le temblaba el bigotito y se puso pálido. Empezó a gritar que yo era un fresco, que hasta cuándo iban a recibir quejas de estos desgraciados, “desgraciados” dijo, anótelo, que se van a tomar con los lanzas y cogoteros por ahí y después se lamentan que les robaron. “¿Tomar”, le dije yo, “¿cuándo he tomado? Yo no he tomado nada. ¡Alorósemel!” Y le eché el aliento. Más rabia le dio, creí que le iba a dar un ataque: “¡Que se vaya!”, empezó a gritar. “¡Llévenselo!” y pataleaba en el suelo. Entre dos carabineros que estaban ahí me hicieron salir a empujones casi. ¡Ahí tiene! Pero yo no soy hombre de quedarse con una así.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Cómo dijo?

—Nada. Siga no más.

—Me fui a la Asistencia Pública que está en la misma calle, al llegar a la Alameda, la Posta Central. Encontré un doctor joven y le pedí que me hiciera un examen de eso del alcohol en la sangre. Lo que le hacen a los choferes cuando liquidan a alguno, para ver si han tomado.

—Alcoholemia.

—Eso mismo. Alco... ¿Cómo es?

—Alcoholemia.

—Bueno, eso. Me preguntó para qué y tuve que contarle lo que me pasaba. Buena persona el doctor, pero pitanceiro. Se le caían las lágrimas de risa. Me sacó sangre, me hizo el examen, me dio el papel. ¡Y no me cobró nada!

—¿Qué hizo usted después?

—Volví a la Comisaría y le hice una señal al cabo que

estaba al lado adentro para que se asomara antes que el otro pegara el grito. Le pregunté cómo se llamaba el teniente y no debe haberle tenido mucha ley, porque me lo dijo al tiro. ¿Se da cuenta? ¡Carmelo se llama el lindo!

—¿Y después?

—Me fui a la casa a almorzar porque ya era tarde y tenía hartaza hambre. Ahora en la tarde salí para hacer la denuncia a todos los diarios. Este es el primero que paso, como me queda más cerca...

—Entonces usted quiere que ponga la queja sobre el teniente.

—Sí. Que ponga ahí que es un déspota, que no cumple con su deber y que insultó a un trabajador no más porque le hizo una denuncia, en vez de buscar a los ladrones. En fin, usted sabe mejor que yo.

Redacté la denuncia del carpintero en dos tercios de carilla: "El obrero carpintero, señor Juan Núñez Núñez, carnet..., se presentó ayer a nuestras oficinas para formular...", etc.

—¿Y esto qué es? —me preguntó el jefe de crónica.

—Una denuncia de un obrero. Vino aquí.

Empezó a leer a media voz: "El obrero carpintero señor Juan Núñez..." "¿Señor?" —me miró asombrado—. ¿El obrero "señor"? ¿De cuándo acá? —borró la palabra con el lápiz rojo y me tendió el original—. Está muy largo. Déle cinco líneas.

Reduje el párrafo a siete. Pero a última hora llegó un aviso de una liquidación y en el taller el redactor de turno

dejó sobrantes todas mis informaciones. No protesté. Uno se curte, después de 25 años haciendo "gremios" en un diario de orden. De manera que al darme cuenta de lo ocurrido, a la mañana siguiente, me encogí de hombros una vez más y salí a buscar noticias al Ministerio del Trabajo, como siempre.

Punta Arenas, 1958.

TIA

Por la calle Huérfanos abajo corrían entonces los últimos tranvías con asientos longitudinales. Las dos largas bancas de palo, pintadas de gris cuartelero, se extendían de espaldas a las ventanillas y en medio quedaba un ancho espacio. Unos postes delgados sostenían el techo y los pasajeros avanzaban tambaleantes en procura de ellos, con las manos extendidas, como ciegos, mientras el tranvía avanzaba también, con inexplicables sacudimientos laterales, elevándose y bajando sobre mar brava. De espalda a las ventanillas, sentados en dos bancos cara a cara, los pasajeros (menos que ahora) se escrutaban con minuciosidad. Cuando se aburrían, por fin, de los rostros de enfrente, podían mirar, por entre los velos y las estructuras negras, duras, brillantes y rugosas, como caparazones de insectos, de los sombreros de señora, entre los marcos de las ventanillas que a compás del ritmo del tranvía perdían su forma rectangular para hacerse romboidales y volver luego a la forma original, entre los sombreros de los caballeros, todavía algún colero, hongos, oscuros fieltros rígidos de copa alta y ala angosta o, en primavera, "hallullas" amarillas, chasqueantes y de apariencia comesti-

ble, cinta negra y borde aserrado (era, en general, una época de sombrero), podían mirar, digo, el paisaje. Resbalaba a tirones como en la linterna mágica: casas de ladrillo de un piso a las que se intentara ennoblecer con cornisas de yeso, mármoles, rejas de hierro en los balcones (cornisas que hoy caen a pedazos, mármoles ausentes, rejas amarillas de orín); caserones de adobe con muros cariadados (ya entonces), agobiados bajo el peso de tejados colosales en cuyos lomos crecía pasto; luego una iglesia, un taller negro y metalúrgico a cuya puerta se amontonaban fierros, calderas rojas, ruedas quebradas; postigos cerrados de varios conocidos prostíbulos y los eternos acacios, más raquíuticos y esmirriados a medida que el tranvía penetraba en el mediopelo y se alejaba de las casas “bien” donde los mayores contribuyentes lograban todavía atención municipal para sus calles.

En la plataforma de atrás vociferaba roncamente la cobradora. Una gorra gris, grasienta, muy hundida, un capote largo, bajo el que asomaban bototos masculinos: una figura de la guerra del 14 o de la revolución rusa, una mujer de cejas gruesas, bigote y rostro picoteado, que cortaba los boletos chupándose de vez en cuando el pulgar, que empujaba a los pasajeros y tironeaba el cordón de la campanilla con espantosa ferocidad.

Mi tía Amelia —solterona, 36, gorda, peripuesta, rubienca, pasitos cortos— pagaba suspirando y pestañeando con gran frecuencia, se sentaba suspirando, el libro de misa y el velo en la mano derecha, la cartera colgando del antebrazo rollizo. Se persignaba diligente ante una iglesia inconclusa

comenzada menos de 30 años antes, pero ya ruinoso, con pátina de perros y humanos y con mendigos casi pútridos en la escalinata de cemento desnudo de la puerta principal. Se persignaba y fruncía los labios. Pestañeaba rápidamente y paulatinamente con mayor lentitud hasta que sus ojos quedaban fijos, redondos: recordaba. Pasaba la Plaza Brasil, entonces verde, con luz verde-botella, y la calle se hacía igual. ¿Cómo distinguir unas de otras esas esquinas con almacenes pobres, las calles laterales con acacios deformes, mutilados por la poda a serrucho, las casas despintadas, los parroques enfermos entrevistados por puertas abiertas, los patios con helechos gigantes y palmeras enanas en macetones de madera, los conventillos a cuya entrada pululaban niños vestidos sólo con una camisita, las bodegas amarillas de "frutos del país" con grandes carretones y caballos meditabundos detenidos ante sus portones?

Dejaba, pues, todo eso mi tía Amelia, iba hacia el recuerdo como en sueños, hundiéndose, las campanas roncadas de las monjas francesas, oscuridad de la misa de siete, la comunión diaria algo dulce por dentro llevo al Señor en mí, en las salas tantísimo frío en el invierno, la madre ecónoma economizaba, cuando mandaron esa vez castigada a la Rosita Larraín siempre tan diabla dos horas de rodillas en esas baldosas del patio chico donde nunca daba el sol, no podía levantarse ni casi hablar, los dientes apretados, la cara morada, pero en cuanto estuvo más animada, lo primero fue sacarle la lengua a la madre Agnes. Incorregible. Tanto éxito en los bailes, solicitada. Y una, en cambio, la preferida preterida, yo tenía tan buena letra, la madre Agnes decía siempre "siempre la más buena", esta niñita a veces me da mie-

do decía mi mamá, ¿por qué miedo?, ¿porque nunca quise pecar, por eso mismo Dios había de castigarme o porque no quise...?

Mi tía Amelia fruncía los labios hasta que su boca no parecía más que un piquito de ave, pequeño y rojo en su cara redonda y también tenían algo avícola sus ojos. Gorda, claro, eso sí, y antes, en las monjas, más. Golosa. Porque era sensible, por eso. Cualquiera cosa la hacía sufrir, la maldad del mundo. Es un consuelo comer algo rico, dulces, manjar blanco, de ese maravilloso que hacía la Zulema con raspadura de limón y algo como un dejo, apenas, de coñac importado, alfajores chiquititos, una vez se comió cincuenta de una sentada, tan finos... o el dulce de alcayota con nueces y almendras, panqueques del Tata, bizcochuelo, milhojas, huevos chumbos que ya no se ven, mi mamá todavía a veces y... y... ¡merengues con crema de Chantilly! Mi tía tragó saliva. Pero de pronto su boca se torció en un gesto amargo, sacó el labio inferior como los niños a punto de llorar, hizo un puchero: comer, comer, comer, ¡esa es mi desgracia! Por eso no me miran como a la Matilde, mayor que yo y se casó primero, ni terminó de estudiar, quedó embarazada al tiro. Pero tal vez era otra cosa. Por ejemplo, esos años que hizo régimen. Hay que ver que sufrió. Es que un vaso de agua la hacía engordar. Pero la Rufina era gorda también, incluso más que ella, pero lo más bien que se casó, bueno, pero qué gracia tiene, con lo diablona que era. ¿Acaso una ha sido demasiado buena, santurróna, bobalicona? ¡Pero si tampoco nadie nunca le había dado motivo, se puede decir! Si supieran lo que pensaba (acúsome, padre), las cosas que se imaginaba cuando en los bailes...

Inició el examen del más doloroso de los recuerdos: aquellos bailes. Los músicos vestidos de negro, tocando valeses, polkas, los onesteps y los shimmies, tan descarados. Las niñas, las amigas, las primas, con trajes de muselina, sentadas en sillas pegadas a la pared por todo el contorno del gran salón. Los jóvenes de pie, todos juntos, una mancha oscura, mirando, mirando, soltando risotadas brutales, rojos, nerviosos. En el comedor, al lado, los viejos en un rincón, tomando, hablando de política, de mujeres, de hípica (otros estarían en el escritorio, sofás de cuero, tomando coñac fino); las abuelas y algunas mamás sentadas junto a la mesa, sin moverse en toda la noche, otras mamás preferían estar con las hijas en el salón. Las horas pasando una tras otra, las parejas girando y una cada vez más desesperada angustia en la garganta... ya sin entender nada de lo que cotorrea la tía Gertrudis; mirando en el descanso a ese muchacho de azul, moreno, bigotito, un beso sin es como un huevo sin sal, ojos verdes, debe ser Urzúa, si él viniera, si él viniera, pensando con todas las fuerzas del alma y hasta del cuerpo: que venga, que venga, que venga. El mira en derredor tan lentamente, mientras la orquesta descansa, cómo pudiera una ser como una flor, llamarlo con un perfume, un color, una ondulación de pétalos, ven, ven, VEN. Hasta que otra vez, ¿cuántas horas después?, empieza el vals, él se ajusta las colleras, estira el cuello y gira la cabeza con un gesto como de pájaro, primero a la derecha, luego a la izquierda, ese movimiento encantador de muchacho con cuello almidonado que se dispone a sacar una niña a bailar, y viene —¡oh, Dios mío!—, viene... hacia acá, se acerca, se a-cer-ca, ay yo, no puedo más, ¡quiero bailar

contigo, precioso!, una se prepara, se endereza, los hombros rectos, los ojos bajos, con modestia, tal como le han enseñado, espera el momento indecible en que él murmurará confusamente si el honor, bailar con él, ¡sí, sí, claro que sí! Pero... ¿qué pasa? ¿por qué tanta demora, por qué no habla? Tal vez demasiado tímido, un alma sensible como la... Una levanta los ojos lentamente, una mirada tierna, velada, algo insinuante, recatada a la vez: pero él está allí, al lado, inclinado ante una rubia flacucha, murmurando eso: el honor, bailar con él, etc., y ya van del brazo hacia la pista donde las parejas se ponen en movimiento.

¡Qué agonía de vales interminables! No uno, sino tres o cuatro juntos, Carmensilvaantafogastalosbosquesdevienadannubioazulsobrelasolas, cada compás una puñalada en el corazón, por momentos algo como un vahido, un sabor amargo en la boca. Tal vez lo mejor será irse al bifé a comer algo rico, muy dulce. Aunque no, todavía no, acaso, como saber si todavía alguien...

Mi tía Amelia alzó los ojos y vio ante ella a un hombre joven, apuesto "alto-moreno-buen mozo", vestido de uniforme azul, que le sonreía, murmuraba algo confuso, le extendía el brazo derecho. Se levantó ágilmente y cogió ese brazo con la desesperación de largos años de espera, de centenares de horas de baile, con la ansiedad de un naufrago. Sólo después, muy lentamente, al advertir la estupefacción del hombre uniformado, al ver los ojos fijos de sus vecinos y una fila de bocas abiertas, recién entonces recordó, comprendió que viajaba en un tranvía por calle Huérfanos abajo y la frase que el hombre repetía por tercera vez llegó claramente a sus oídos, mientras el vals se borraba por fin, del todo:

—Su boleto, por favor.

Mi tía Amelia soltó el brazo del inspector y se ruborizó por última vez en su vida.

Praga, 1961.

CAMPAMENTO

El lunes fue el paro nacional de la CUT, nadie salió a trabajar pero a nosotros igual nos mandaron a la escuela ¡no hay derecho! Mi mamá dijo qué bueno, esta noche sí que voy a dormir bien porque ella siempre se queja que el molino no la deja todo el tiempo pomm-pók un golpe grande ronco cuando uno está cerca hace cosquilla debajo de los pies pomm y después un golpe seco pók todo el día y toda la noche pomm-pók pomm-pók después uno no se da cuenta ni lo siente pero mi mamá, es para volverse loca, como ella es del campo allá en Coltauco se dormía tan bien, lo que yo psch me meto en la cama y me quedo dormido hasta se me olvida a veces apagar la vela con la correa me pega mi papá, la casa de nosotros es de las de arriba, mi papá la hizo no se la hizo la compañía pero lo malo es que no tenemos corriente son varias así, el sindicato hace tiempo que viene planteando. Bueno, ¿y qué pasó?, que en la noche igual mi mamá no pudo dormir: porque echaba de menos el ruido del molino psch y amaneció con los ojos hinchados, se tuvo que poner una cascarita de papa para el dolor de cabeza, no teníamos ni un mejoral, la señora Carmen de al lado

tampoco tenía yo mismo fui a pedirle, me mandó mi mamá me voy a volver loca decía, pero ya con la cascarita alivió, como las viejas en Coltauco ella siempre se pasa hablando de Coltauco, el río tan bonito y cuando hacían aguardiente, mingaco, y tantos árboles yo cuando sea grande voy a ir un día a Coltauco, por casarme con minero yo nunca había de volver dice ella, por la noche cuando hay viento los árboles suenan tan bonito es como una cuna ¡no como este molino del diablo!, bueno, pero en la noche lo echó tanto de menos que no pudo dormir ¿quién entiende a estas viejas? dijo mi papá.

El martes volvían al trabajo pero la cosa se puso fea y entonces sí que no fuimos a la escuela. El señor Morales era el único que no sabía lo que estaba pasando vino a averiguar por qué no llegan los cabros a clase, es tan corto de vista que ni oye. En la mañana muy demasiado temprano, llegaron los pacos, estaban todos los de Paicura, hasta mi tío Juan 2.º y otros que tienen parientes aquí también, pero todos muy serios, muy fieros dice mi mamá, y no saludaban a nadie, pasando para allá y para acá con la carabina al brazo. Después llegó otro camión con más carabineros, de Quilico dicen también había algunos conocidos, los que no se paseaban estaban apelotonados cerca de las oficinas.

Parece que yo fui de los primeros que los vi, no ve que cuando salía a buscarle el mejoral a mi mamá pero se corrió la voz, todo se sabe al tiro en el campamento llega a dar rabia, cuando el Catete se cayó al agua, bueno, claro que lo botamos pero qué tenía que andar diciendo que me tiré a tu hermana, cuñado, y no fue abuso porque él tiene quince años y entre el Juano y yo juntamos dieciséis, casi lo mis-

mo, le hicimos un banquillo y lo largamos al agua, y vamos recién llegando a la casa, por allá había quedado el Catete empelotado y echando rendidas, esperando que se le secara la ropa y mi mamá sale como leona a puro coscacho conmigo, igual le pasó al Juano, más que dolerme me dejó con la boca abierta al principio y le preguntaba ¿cómo supo mamá? y ella darme tincanque hasta que le dolieron los dedos. Bueno, mi papá se estaba comiendo los porotos del desayuno, de los que habían quedado, le encanta la ropa vieja yo le dije ahí llegaron los pacos ¿ah sí? me dijo y se quedó tan tranquilo pero me miraba fijo y pensaba, por eso a la gente le da confianza siempre tan tranquilo, pero tieso de mecha con la compañía, por eso es el Presidente del Sindicato ¿y de dónde son los pacos, me preguntó, son de Santiago o son los de aquí? Le dije que eran conocidos y él dijo ah bueno, terminó de comer, se tomó el té sin apurarse, se puso el casco y le dijo a mi mamá no se ponga nerviosa, ella estaba afligida con la mano en la cara ¿que le duelen las muelas? le preguntó y ella le hizo como un enojo así en broma pero estaba muy nerviosa. Me voy dijo mi papá, voy a pasar a buscar al compañero Muñoz por si las moscas. Yo iba saliendo calladito detrás de él pero mi mamá me pilló y a gritos y tirones me encerró en la pieza por más que yo le reclamaba, claro que a los dos minutos yo ya estaba afuera ¿para qué se han hecho las ventanas?

Los primeros del primer turno que llegaron al control se encontraron que les habían parado las tarjetas estaban los puros casilleros vacíos, bah ¿qué pasó? El Ramón Segura, ése es capataz, mal agestado pero no tan mala persona, les dijo qué sé yo pus, tienen que ir a retirar las tarjetas a la

contalidad esa es la orden que dejó don Miguel. No sabían qué hacer los compañeros, unos querían ir a buscar las tarjetas total con el paro ya tenemos perdida la semana corrida encima no vamos a perder otro día por atraso, oh. No, espérate, mejor que vengan los dirigentes del sindicato adelante, no sea cosa que la compañía quiera hacer alguna carajada, cortar alguno o... En eso llega mi papá con el compañero Muñoz, le contaron lo que pasaba entonces los dos se fueron para la oficina. Iban caminando muy despacio, con las manos en los bolsillos, cada uno con su casco, cada uno con su paquete del lonche debajo del brazo y vestidos casi iguales parecían como hermanos, con los pantalones blancos de tierra aquí la tierra es blanca, es la cal, cuando salen a trabajar van rompiendo el cerro con la dinamita y ahí queda más blanco todavía brilla con el sol duelen los ojos y se ponen colorados, por eso muchos se ponen anteojos, se fueron pues pasito a pasito, los compañeros los miraban y en la plazoleta, al medio más o menos, se iba juntando un bolón grande de gente porque iban llegando todos los del turno, como seiscientos, y los cabros y muchas compañeras estábamos más cerca de las oficinas, aparte de ellos, cuando en eso sale un auto negro y muy largo casi como de funeral, da una vuelta muy ligero y frena al lado de mi papá y del compañero Muñoz y se bajan por todos lados como ocho tiras, casi todos grandes y macizos, menos uno chico que después resultó que los mandaba. Alguien dijo los tiras. Rodearon a mi papá y al compañero Muñoz les dijeron algo, bueno que van preso y los metieron adentro del auto. Tal vez querían partir, pero ya habíamos llegado al lado del auto como doscientos cabros y muchas compañeras y el que ma-

nejaba no podía hacer partir los tiras se pusieron nerviosos parte de una vez concha de tu madre le decían al que manejaba pero el auto como que también estaba nervioso y no partía y seguían llegando las mujeres. Entonces mi papá lo mira todo, siempre se fija en lo que va pasando, le dice al agente que tiene sentado al lado pucha, pero cómo me van a llevar así, déjenme ir a buscar algo de ropita, una frazada, alguna cosa que ponerme. El chico no quería, ¡vámonos de una vez!, pero el chofer no podía hacer partir el auto y todos empezamos a decir: ya, ñor, déjelo ir a buscar algo de ropa, no hay derecho que se lo lleven así, otros decían tiras desgraciados, ya las compañeras empiezan a alegar y a formar una zalagarda que no se entendía. Total que dijeron bueno, ya, pero rápido, fueron dos tiras con mi papá y otros dos con el compañero Muñoz a buscar la ropa a las casas, o sea, tuvieron que atravesar todo el campamento, embromaron bastante, y cuando volvieron yo creo que estaban alrededor del auto todas las mujeres, hasta las abuelas vinieron y todos los cabros, los compañeros del primer turno ya estaban más cerca y los del turno de noche, que les fueron a avisar, se estaban levantando, ya venían varios, se notaba que eran los de la noche porque venían sin casco, el guatón Maldonado del molino venía casi corriendo metiéndose las puntas de la camisa en el pantalón.

Entonces mi papá, que yo lo cateaba como miraba a lado y lado siempre se fija en todo, y le dijo al chico: ¿perdone puedo ir a orinar? mire que soy enfermo y si no... Dos tiras lo acompañaron a los excusados que están detrás de las oficinas. Cuando volvieron la cosa tomó color, empezamos a gritar cada vez más fuerte: ¡que los suelten!, ¡que

se vayan los tiras!, ¡larguen a los dirigentes!, ¡abajo la policía política!, y ya también los compañeros gritaban y se iban acercando. El chico se puso blanco y empezó que hay que dispersar a esta gente, que se disuelvan pero ¿dónde mierda están los carabineros? Los pacos se habían corrido, los que estaban al lado de las oficinas ahora andaban haciendo ronda por allá lejos. Entonces el chico tironcó a mi papá de un brazo para meterlo en el auto de nuevo. Armamos un manso ni que chivateo. Perdóne le dijo mi papá muy suavecito, yo podría hablarle a la gente si le parece para evitar incidentes, el chico se quedó dudando pero mi papá se le sacudió y se subió a la pisadera del auto (el chofer estaba metido de cabeza adentro del motor tratando de ver por qué no le partía) y les dijo compañeros, a mí me llevan, pero la organización tiene que seguir firme, hay que conservar la calma, mantener la unidad, porque lo importante es que el sindicato siga adelante con sus dirigentes a la cabeza, hay que estar muy firmes para evitar la provocación, ustedes ven que al compañero Muñoz y al Presidente se nos lleva presos, detenidos por orden del gobierno por el paro que hemos hecho contra la congelación de los salarios, nosotros compañeros..., pero no lo dejaron terminar, todos gritábamos ¡no, compañero!, ¡fuera los tiras!, ¡vivan los dirigentes, viva el sindicato!

Se vino encima el montón de mujeres, mientras los cabros recogíamos piedras y chillábamos como malos de la cabeza. Mi papá y el compañero Muñoz se hicieron humo en el tierral y los tiras se encontraron entre puras compañeras y los chicos tratábamos de pegarles patadas en las canillas. La señora Carmen de al lado de la casa de nosotros, es ca-

si tan grande como mi papá pero mucho más ancha, abre los brazos y agarra al tira chico, el jefe, lo abrazó tan fuerte que debe haberlo dejado sin respiración, el pobre pataleaba y se revolvía como lombriz, pero ella lo sujetaba casi en el aire. Empezaron los abrazos por todas partes, parecía el Año Nuevo: a cada tira lo agarraban dos o tres mujeres, parecía un baile agarrado y varios cabros fuimos con el Catete, hay que reconocer que la idea fue de él y con cortaplumas le tajeamos las llantas al auto, alcanzamos a desinflar dos tenía llantas harto duras, los tiras soplaban como caballos y a ratos se soltaban de un brazo o de los dos, pero le volvían a caer encima las mujeres, con los moños todos desarmados, algunas con las narices sangrando por los codazos y los cabezazos y en eso me quedé con la boca abierta cuando veo a mi mamá que con un tarro lechero le pegaba en el cogote al más gordo de los tiras, parece que ya no le dolía la cabeza. ¡Guarda, tiene pistola! gritó alguien y fue igual que el ¡pare la pelea! en el circo entre el tony y el payaso, era un agente que estaba dentro del auto, sacó la mano con la pistola por la ventanilla del auto, pero le agarraron el brazo desde abajo como entre diez cabros de los más grandes y otro le pegó con una tremenda piedra en la mano, se la machacó contra el borde del auto, tan fuerte que el pobre puso los ojos en blanco y se desmayó. A todo esto, los compañeros estaban alrededor, casi encima, pero no se metían al bollo, ¿para qué? Entonces el compañero Gatica dice: ya, ya, correrse que vienen los pacos. Y se acabó la pelea.

Los pacos venían al trotecito, como sin ganas, medio enredados con las carabinas, y nos retiramos todos. Los compañeros tuvieron que echar a las compañeras a la casa casi a

la fuerza, los cabros nos quedamos dando vueltas al aguaito, los tiras se sacudían la ropa y echaban cuadros. ¿Y ustedes, no vieron lo que estaba pasando? le gritó el chico al cabo Huerta que es del retén de Paicura, lo estaba ayudando a sacudirse la tierra. Bueno nosotros tenemos orden de evitar incidentes y hacer guardia por el lado afuera del campamento, le dijo el cabo. ¿Pero no vieron que nos atacaban? Es que pensamos que habiendo puras mujeres y niños no sería problema, le dijo el cabo. El chico abrió la boca dos veces como pescado, pero no habló más. Las compañeras se fueron retirando, un grupo fue a hablar con el señor Lobos de la contabilidad a ver cómo es eso de las tarjetas, estaba tartamudo, se le caían los papeles, los anteojos y hasta la plancha de dientes decía mi tío Onofre, y dejó que todos salieran no más a trabajar a los rajos, claro que mi papá y el compañero Muñoz se fondearon por si acaso.

Estuvo bueno, porque ya no fuimos a clase en todo el día, en cuanto le cambiaron las ruedas al auto los tiras se fueron volando y los pacos siguieron de guardia hasta la noche, nosotros los seguíamos marchando muy serios igual que ellos y cada vez que me veía, mi tío Juan 2.º me guiñaba un ojo pero cuando llegué a la casa mi mamá me sacó la mugre dijo es terrible criar chiquillos en un campamento, no es como en Coltauco y empezó con el río, los árboles y ni supe cómo me quedé dormido.

Santiago, 1956.

El fallecimiento repentino y prematuro, tomando en cuenta su edad, aunque no inesperado para el cronista, de Patricio Erraín, obliga a recordar su tránsito de un año por las más altas funciones administrativas de este pueblo. (Consideraciones elementales de discreción y objetividad desaconsejan denominarlo ciudad como se ha hecho moneda corriente en el último tiempo).

Hijo de la región y, con mayor exactitud, de uno de los más influyentes dueños de tierras, comerciantes y políticos de esta provincia (influencia que, gracias a su enlace matrimonial, había de extender a otras), Patito, como lo llamaron no sólo sus amigos sino incluso las autoridades locales durante su breve gestión como gobernador, no debió tanto su designación a esas circunstancias, sino a otra igualmente regional: el calor.

Desde siempre, nuestro pueblo es azotado en el verano por una canícula implacable e inexplicable —a cortos kilómetros las temperaturas máximas son de seis a siete grados más bajas—, un calor que hace salir humo de los tejados, que detiene toda vida y que establece una luminosidad blanca desesperante, como si fuera éste que habitamos un plane-

ta de tiza en proceso de disgregación. Perdóneseme la licencia.

El día en que decidió su destino, caminaba Patito por calle O'Higgins, por la vereda de la sombra, muy pegado a los muros de adobe que caracterizan una gran parte de nuestra edificación, con los ojos bajos para defenderse de ese resplandor blanco que parecía (acostumbraba expresarse hiperbólicamente) penetrar en su cráneo y herir su cerebro directamente. Eran las 12.30 y el cronista no consigue imaginar qué impulso hacía caminar a esas horas al joven, cuya preferencia por la inacción era notoria.

Cuando vio a don Alfonso, ya era demasiado tarde. Acaso no. Pudo haberlo evitado cruzando resueltamente la calle, hacia la vereda del sol. Pero ¿con ese calor? Don Alfonso, recién designado Ministro por el General, para escándalo de las familias antiguas, lo reconoció y avanzó a su encuentro resoplando, con los ojos y los brazos muy abiertos y con signos evidentes de haber estado en el Club (que antes de su ascensión política jamás le había franqueado la entrada). Con dos manchones de color violeta en la frente y en torno a la boca, respectivamente, don Alfonso emitió una de sus estupendas carcajadas. Patito sonrió discretamente. Se dejó oprimir contra el casimir peinado murmurando una confusa felicitación y recibió en los incisivos superiores un fuerte golpe de insignia rotaria.

Don Alfonso se apartó y contempló enternecido al hijo de quien fuera su antiguo patrón, para quien cultivara, según los términos de los tradicionales contratos de mediería, productos tan disímiles como sandías, espárragos, papas, cebollas y ciudadanos electores.

—Lo felicito, pues, don Alfonso —dijo Patito—. En la casa nos alegramos tanto cuando supimos. Mi papá...

—Hombre —dijo don Alfonso impresionado—, ¡hombre!

—Sí, mi papá dijo...

—¿Y cómo está don Ignacio?

—Muy bien, gracias. Estaba muy contento cuando supo que usted...

—Sí, claro. Si yo sé que él siempre. A él le debo tanto. Dígale, bueno, él ya sabe, lo que se le ofrezca. Como siempre, a sus órdenes.

Patito asintió varias veces, sonrió y adelantó la mano derecha para despedirse. El calor le provocaba latidos en las sienes. Pero don Alfonso concibió una idea repentina. Se le acercó mucho, lo miró a los ojos y lo envolvió en pesados vapores. Le dejó caer la pesada mano derecha sobre el hombro:

—Y usted, dígame, usted, ¿qué está haciendo?

Patito sintió que le molestaba el cuello de la camisa. Movi6 la cabeza hacia los lados, sacando la quijada:

—Bueno, yo...

—¿Qué está haciendo? ¿Qué hace ahora?

—Bueno, yo...

—¿En qué trabaja? ¿Mm? ¿El fundo de la costa? ¿O? ¿Mm?

—Bueno, yo...

—¿O no está haciendo nada? ¿Ah? ¿Mm?

—Bueno, yo... —dijo Patito enrojeciendo—. Eso no. Yo... estudio.

—¡Vaya, vaya! —don Alfonso lanzó una gran carcaja-

da, le guiñó un ojo y empezó a punzarle las costillas con sus dedos gruesos y velludos—, así que estudia el gallito. ¿Ah? Je, je, je...

Patito mantuvo digno silencio mientras procuraba eludir tales incómodas familiaridades.

—En ese caso... —murmuró don Alfonso para sí—, oye —agregó pasando súbitamente al tuteo—, ¿por qué no vienes uno de estos días a tomar el té conmigo, en Santiago, en mi despacho?

En ese momento, puede decirse, su nombramiento ya estaba decidido.

Debió cumplir otros trámites, por cierto. Entabló conocimiento con los muebles y dirigentes del Estado. Los muebles, los sillones de cuero... El había conocido los de algunas subsecretarías, oficinas universitarias, liceos. Eran oscuros, solemnes. Verificó ahora que en las instancias superiores de la Administración Pública adquirían proporciones colosales.

Lo verificó, sobre todo, al encontrarse en el despacho del propio Ministro, adonde debió llegar por fin. Al dejarse caer en uno de los sillones, con una determinada concepción sobre el tamaño del mueble —concepción basada en una observación visual rápida, efectuada en la penumbra de la gran habitación y que resultó falsa, posiblemente porque el color oscuro del cuero o la extremada anchura del sillón o acaso su penetrante olor inducían a error—, al dejarse caer, pues, sintió que se hundía en un extraño pantano, al parecer sin fondo, mientras lo envolvía una nube de olor a cuero, a polvo y a cola. Alarmado, turbado por un agudo malestar, intentó sujetarse de los anchísimos brazos, tan separados, del

sillón. Pero éstos no ofrecían ni la menor rugosidad o irregularidad de la que pudiera valerse. Sus manos crispadas resbalaban sobre la superficie cóncava, sus uñas arañaban inútilmente un pequeño botón muy metido en el cuero y su cuerpo se hundía. Entonces cuando creía ya todo perdido, perdida toda esperanza, su hundimiento se detuvo. Quedó depositado allá abajo, muy cerca del suelo, en un plano inclinado, resbaladizo, inseguro, con los brazos muy abiertos y las puntas de los dedos tocando todavía, temblorosas, los lejanos brazos del sillón.

Resonó la voz del Ministro. Patito alzó la cabeza lo más que pudo y sus ojos tropezaron con el borde del enorme escritorio y con el canto del grueso vidrio verde que lo cubría. Más allá, lejos, vio la parte superior de la nariz y los ojos del Ministro, unos ojos de color metálico con párpados que caían a media asta, coronados por cejas muy bien dibujadas y sospechosamente negras, en contraste con los cabellos blancos, aplastados con gomina, que arrancaban casi inmediatamente de encima de esas cejas.

Aquella cabeza o, por lo menos, lo que se veía de ella, se mantenía absolutamente inmóvil. Patito se sintió desconcertado y no pudo establecer una relación entre la voz campanuda que escuchaba y semejante inmovilidad. Miró hacia la derecha y vio la cabeza de don Alfonso: emergía de un sillón igual al suyo, parecía encontrarse a gusto, le hacía breves venias amistosas. Volvió entonces a mirar al Ministro y ahora advirtió un leve movimiento en sus sienes —un engrosamiento y estrechamiento rítmicos y casi imperceptibles, acompañados con las palabras:

—Los propósitos del Gobierno... zona eminentemente

agrícola... estímulo a la producción... precios remunerativos...

Patito luchaba por mantener su posición, pero el plano inclinado lo proyectaba hacia adelante y hacia abajo de manera insidiosa y continua. Sentía los brazos y la espalda doloridos por la extrema tensión.

—Su señor padre... bien público... las relaciones que deben presidir... eminentemente...

El efecto de la voz, sumado a su incesante gasto de energías por mantenerse sentado y no resbalar hasta el suelo, al olor general de la oficina, a su malestar creciente y al sonido apagado del lento ventilador que giraba en el techo, sumían a Patito progresivamente en un sopor.

—...revoltosos... cortar de raíz... continuidad de la producción... planes subversivos... la República... el espíritu...

La voz cesó. Patito hizo un gran esfuerzo por alzar los párpados que se obstinaban en caer y por recuperar terreno en el asiento: otra vez volvía a estar cerca del borde.

Ahora hablaba don Alfonso, campechano:

—Usted sabe, pues, que el papá de este joven ha colaborado mucho con el Gobierno. Desinteresadamente, se puede decir. Ha sido un gran elemento de orden ahí en la zona. Muy buena persona. Su palabra es muy escuchada. Representa más de 1.800 votos comprobados en el Departamento... —don Alfonso se detuvo, un tanto confundido— es decir, mm, es una persona de influencia.

El Ministro asentía en tono muy bajo, casi un mugido:

—Mm... mm... mm... —de pronto dijo—: Sí. A su Excelencia le pareció bien, muy bien. Cuando firmó el de-

creto esta mañana me preguntó: “¿Y este niño es hijo de...?” “Sí, Excelencia”, le dije yo. “Muy bien”, dijo él.

Don Alfonso se mostró impresionado:

—Sí, ¿ah? ¿Eso dijo, ah? ¡Qué bien! ¿“Hijo de”, ah, mm? ¡Muy bien!

—De manera, pues, joven, que usted es ya todo un gobernador.

—Sí —dijo Patito y sonrió como correspondía.

Probablemente el Ministro sonrió también, pero Patito nunca lo supo, porque la expresión de sus ojos no se modificó en absoluto.

Durante su período, Patito llegaba a la Gobernación alrededor de las 10 de la mañana, con los ojos hinchados y rojos. Respondía con un vago ademán al enérgico ladrido del carabinero de la puerta:

—¡Buenos días, mi Gobierno! —y sonreía vagamente.

Entraba a la gran oficina, con numerosas puertas, parquet, guirnalda de yeso, lámpara de lágrimas, y se sentaba ante el escritorio.

Entonces miraba el tintero, dos pequeños receptáculos de bronce y entre ambos un busto de Bismarck, que había sido adquirido durante una lejana administración por un gobernador-agricultor de origen germánico. Luego miraba el techo, en cuya parte central había una gran pintura circular, bordeada por una guirnalda de yeso, que representaba un verdadero torbellino de angelitos sonrosados en medio de nubes lustrosas. A continuación miraba por la ventana del lado izquierdo hacia el jardín interior, un pequeño vergel en

el que había dos palmeras, cuatro naranjos, un nogal y muchos cardenales, todo ello muy hacinado y ahogado por una enredadera de flor de la pluma habitada por arañas y lagartijas y que lanzaba un creciente surtidor de hojas y ramas.

En ese instante, el gobernador suspiraba. Se ponía de pie y caminaba con las manos a la espalda y la cabeza gacha a lo largo y a lo ancho de la habitación, muy pegado a las paredes. Después de tres o cuatro paseos, se sentaba ante el escritorio, bostezaba largamente y se reclinaba en el sillón, cerrando los ojos.

Pero el señor Arroyo rascaba la puerta. Era un ruidito obstinado, como si royera, que se suspendía sorprendido cuando Patito murmuraba: "Entre"; y que se reanudaba luego hasta que el gobernador se enderezaba en el sillón y repetía más fuerte:

—¡Pase, pase!

La puerta se entreabría y por el estrecho espacio asomaban los ojos negros del señor Arroyo, su nariz delgada y móvil y su pequeño bigote canoso, que resaltaba mucho en su piel oscura:

—¿Se puede? —insistía débilmente.

—Pase no más.

Entraba a saltitos, con una carpeta llena de papeles entre sus manos, morenas y menudas, contraídas como garritas.

Avanzaba con su gran cuello duro, cuyo reflejo hería la vista; con su meticuloso peinado, pelo gris acerado de gomiña, distribuido a ambos lados con exactitud y con una pequeña onda sobre la frente; con su traje oscuro replanchado y sus polainas grises con diminutos botones sobre los zapatos relucientes. Mientras el señor Arroyo se acercaba a salti-

tos, Patito miraba sus propios zapatos cubiertos de tierra y con pegotes de barro en los bordes de las suelas, y volvía a observar maravillado los del secretario (la pavimentación urbana, hay que confesarlo, deja que desear en nuestro pueblo).

Suspiraba y daba comienzo a la ceremonia de la firma. El señor Arroyo, a su lado, le tendía los papeles uno tras otro e iba emitiendo ruiditos de aprobación en tono muy agudo, como el chirriar de un violín o el chillido de un... Pero Patito apartaba en seguida esa idea porque le causaba una especie de horror, temía que de pronto el señor Arroyo cayera sobre sus cuatro patitas, moviera su naricilla, husmeara, royera... No, eso, ¡no! Sacudía la cabeza y terminaba de firmar.

—Hay un telegrama cifrado —añadía el secretario con un leve temblor en los bigotes.

Patito miraba un instante, divertido, la hoja con cifras y palabras incomprensibles. Luego, la traducción: instrucciones para hacer frente a una posible huelga de profesores, campaña de agitación campesina, detención de los cabecillas, un agitador procedente de Santiago, denuncia a la Intendencia de la provincia y a la Corte, energía, etc., etc.

—Muy delicado —murmuraba el señor Arroyo—, una vez, en La Serena, hace años...

Era del Norte Chico. Cuando comenzaba un relato así era difícil que terminara antes de media hora.

—¡Perdón! —decía categóricamente el gobernador—, pero tengo que... —se ponía de pie y abandonaba la oficina, mientras el señor Arroyo, con la cabeza inclinada, la raya del pelo, muy ancha, se abría como el Mar Rojo al paso de los judíos, blanca y seca, entre las dos ondas duras, curvas y os-

curas, reunía los papeles con sus garritas morenas y los colocaba de nuevo en la carpeta.

Patito salía con aire ocupado.

—¡Buenos días, mi Gobierno! —vociferaba de nuevo el carabinero.

—Buenos días.

Cruzaba la calle, hacia la plaza, sombreada de tilos y olmos. Miraba el reloj de la iglesia. Las once. Sentía un momentáneo desaliento: ¿aquí no pasa el tiempo? Se encogía de hombros y perdía de golpe su aire oficial. Con las manos en los bolsillos iba muy lentamente hacia su escaño de siempre, al centro, junto a la pila en que jugaban náyades y tritones. Saludaba al pasar a algún comerciante, a alguna dama local, a algún militar. Se sentaba en el escaño, donde el Angelito estaba listo. Suspiraba.

—Quiubo, don Patito —decía el Angelito, con sus ojos brillantes de picardía bajo la pelambreira descomunal, con la cara sucia, las manos sucias, las piernas y los pies desnudos muy sucios—, ¿lo lustramos?

Asentía y escuchaba con gesto distraído y gran atención la rica información que le daba el Angelito sobre los amores del alcalde con la profesora de inglés del Liceo, sobre los paseos nocturnos del capitán Figueroa, sobre el garito del Club Radical, sobre la pelea del empleado nuevo de la botica con el vendedor de “La Bota Verde” por causa de la hija del dueño del fundo Rinconada, sobre el escándalo que hubo donde La Pecho de Palo cuando la señora del zapatero Muñoz llegó a buscarlo...

Después, el regreso a la Gobernación: “¡Buenos días, mi Gobierno!”, y los paseos por la oficina. Todavía no son las

doce. Se sentaba inquieto y hacía dibujos en el secante. Miraba el reloj de nuevo: ¡qué lentitud increíble! Se ponía de pie y daba nuevos paseos. Se asomaba al jardín. Observaba largo rato a una lagartija que tomaba el sol en la enredadera, parecía que unos chincoles estaban haciendo nido en la parte más alta... o serían zorzales (nunca aprendería a conocer los pájaros), el nogal se estaba secando, ahogado tal vez por la enredadera, sería bueno que viniera alguien a podarla, decirle al viejo Ordenes, alguien que entienda, no como esos salvajes que mocharon con serruchos todos los castaños del fundo del viejo, lo que querían era leña, casi le dio ataque al caballero, pensar que nunca esa avenida será como antes, la culpa fue de mi hermanito, después se vino a saber que él no le había pagado a los podadores, ellos le pagaron a él por el permiso para podar, por algo sería...

Se quedaba un momento en blanco, vacilando. ¿Miraría de nuevo el reloj? Ya debe ser la hora... Lenta, lentamente, alzaba la mano izquierda de manera que la manga cubriera todavía el reloj. Todavía, todavía no... Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis... contaba apresuradamente hasta cien. Se detenía. ¿Ya? Un poco más. Seguía contando hasta 150. ¡Ya! Con la mano derecha destapaba bruscamente el reloj: ¡No puede ser! ¡Mierda! Todavía un cuarto para las doce. ¡No pueden haber pasado sólo cinco minutos! ¿Se habrá parado? Pero no: marchaba perfectamente.

Desalentado, volvía al sillón y se quedaba allí, con la cabeza baja, esperando.

A las doce llegaban los diarios de Santiago y, con ellos bajo el brazo, liberado, Patito partía rumbo al Club. Billar, cacho, whisky "sour", "pichuncho". Conversación con los hi-

jos de los dueños de fundos, con el hijo del coronel, respecto a aventuras con niñas regionales, próximos viajes a Estados Unidos, adquisición de automóviles, venta de animales y otros tópicos similares.

Después del almuerzo de tres platos en la gran mesa de encina de la casa de los Erraín, almuerzo solitario porque don Ignacio permanecía habitualmente en la capital y, cuando venía a la zona, prefería quedarse en las casas de su fundo El Pidén, mientras que doña Felicitas, su madre, buscaba alivio para su salud quebrantada en conocidos balnearios del Mediterráneo, Patito dormía una siesta de unos cuarenta y cinco minutos de duración. Alrededor de las cinco de la tarde, fresco y perfumado, visitaba rápidamente la oficina, firmaba algún papel y, por fin, a las seis, volaba en su automóvil hacia Santiago, hacia la "vida".

Lo que este concepto encerraba para Patricio Erraín permanece, en grado considerable, envuelto en el misterio. El cronista no ha podido establecer la veracidad del rumor que circulaba insistentemente en nuestro pueblo sobre una relación amorosa, en el plano sentimental-obsesivo más que en el del erotismo práctico, entre el entonces gobernador y la deteriorada regenta de un lupanar capitalino. El desmayado asedio del joven representante del Estado habría despertado en la dama un eco en el que cierto rescoldo maternal, algo de vanidad senil, vagos sentimientos de revancha y triunfo social y, *last but not least*, consideraciones prácticas de intereses, se conjugaban.

Rumores concernientes al consumo habitual de drogas heroicas y a la participación del gobernador, como ejecutante en instrumentos de los que llaman de persecución, en un

conjunto dedicado a la música de los negros norteamericanos, nunca pudieron ser confirmados a plenitud por el cronista, aunque daban pábulo a ellos tanto el progresivo adelgazamiento de Patito, su aspecto febril, la permanente congestión de sus ojos y su palidez aterradora, como las ocasionales visitas que recibía de seres estragados, de largas mecnas, varones al parecer, con quienes se encerraba en su despacho, durante horas.

De este modo transcurrió un año.

Ocasionalmente, el gobernador debía enfrentar problemas. Ejemplo: el caso de los plátanos orientales.

Recién inaugurada la Unidad Sanitaria, quince de los más influyentes vecinos de la avenida Marcó del Pont presentaron un extenso documento al médico-jefe. Este fue a visitar a Patito —se habían conocido en el Club—, con los ojos desorbitados detrás de sus anteojos profesionales:

—Es muy grave. Consideran que sufren todos de alergia. ¡Todos! Sus esposas, sus hijos, sus familiares. Ellos mismos. Y están convencidos de que la causa son los plátanos orientales de la avenida. Exigen que la Unidad Sanitaria presente un informe pidiendo que los árboles sean cortados de inmediato. Instantáneamente.

—¡Chitas! —dijo Patito.

El médico lo miró afligido:

—Han firmado casi todos. Digo, los que cuentan. Dicen que tienen influencia en el Gobierno. Me pusieron contra la pared. Dicen que conocen mucho a su papá...

—¿Y usted no les dijo que ese es asunto de la Municipalidad? Usted sabe que el Gobierno no es partidario de permitir que la Municipalidad tome demasiadas atribuciones,

especialmente estando, como está, en manos de gente... más bien, de oposición. Pero cuando se presentan asuntos espinudos como éste, más vale dejárselos a ellos.

—Sí, sí. Natural. Yo busqué salida por ese lado. Soy del mismo predicamento. Pero me pararon. Dicen que la Municipalidad está en manos de malos elementos y que no quieren nada con ellos. Lo que pasa es que esa avenida les trae malos recuerdos. “El Frente Popular trajo la alergia a la gente de orden. Antes, eso no se conocía en Chile”. Así me dijeron. Y me advirtieron que si esto se entregaba a la Municipalidad, ellos se sentirían tramitados y burlados.

—¿Y usted, qué opina? —preguntó Patito.

—¿Cómo? ¿De qué opino? ¿Qué opino de qué?

—De los plátanos, de la alergia... ¿Usted cree que científicamente... o por lo menos? ¿O daría margen a que la oposición...?

El médico tosió, enrojeció:

—Bueno, esto es estrictamente entre los dos, ¿no? Muy reservado.

—Sí...

—Lo que ellos dicen es absurdo. ¡Un disparate! Aún suponiendo que algunas personas fueran alérgicas a los plátanos orientales, es imposible imaginar que todos los habitantes de un mismo barrio reaccionen igual. Que todos sean susceptibles de contraer afecciones alérgicas. Y, aún más, de reaccionar ante el mismo alérgeno... Y todavía, si se cortarían esos árboles, lo que me parecería un crimen desde el punto de vista del ornato y las áreas verdes, habría que colocar otros árboles; y siempre habría alguien alérgico a los nuevos que se plantaran. Y tendríamos que empezar de nue-

vo —el médico se detuvo y pareció horrorizado, con sus ojos redondos y protuberantes muy abiertos tras los anteojos.

—Sí, pero usted les dijo...

—Les insinué algo. Dada mi posición, es difícil. Pero bastó una insinuación. No aceptan. ¡Nada! Me amenazaron con dirigirse al Ministro —el médico se estremeció—, acusándome de estar coludido con elementos de la oposición. ¡Y usted sabe cómo odia el Presidente a los médicos! Así que, en ese caso, a pesar de la autonomía del Servicio...

—¿Los odia? —preguntó Patito interesado—, no sabía...

—¡Pero sí! ¡Terriblemente! Por lo del año 31. Apenas perdona a unos pocos, los más cercanos. Desgraciadamente, mi situación es... delicada —se detuvo súbitamente, palideciendo y dejando de respirar, y miró de hito en hito al gobernador—. No sé si puedo...

—Diga, diga no más. No tenga temor. Lo que es yo, ¡psch!

El médico suspiró hondamente y asintió. Habló abatido en tono más bajo:

—Cuando muchacho, yo fui... es decir... permití que se me vinculara a la juventud c... —pareció atascarse—, comunista. Nunca fui militante —agregó vivamente—, ¡jamás! Pero usted sabe lo que son los estudiantes. Cuando uno es joven, en la Universidad, el idealismo... —sacudió la cabeza y guardó silencio.

—Bueno —dijo Patito—, ¿qué diablos podemos hacer? Porque, si aceptamos que se corten unos árboles, va a haber otros vecinos que van a protestar. Y la Municipalidad se nos va a venir encima. ¿Se da cuenta? Y cerca de una campaña

electoral. Y tampoco conviene quedar mal con los firmantes de la petición. Gente que tiene vara alta...

—Es una situación sin salida —dijo el médico aterrado. Callaron. El gobernador se puso de pie:

—Con permiso, disculpe.

Salió al desnudo pasillo de baldosas, donde resonaban sus pasos:

—¡Ordenes! —llamó.

—Voy —le respondió una voz. Luego apareció el viejo Ordenes, jefe de los porteros, con su pelo negro y tieso sobre su rostro de cacique—. ¿Qué hay, don Pato?

—Vamos —dijo él, mirando en todas direcciones—, quiero hablar con usted.

Caminaron furtivamente hacia el baño. Entraron a la gran sala embaldosada hasta dos metros de altura, con antiguos artefactos blancos salpicados de florecillas. Patito cerró la puerta con pestillo y se sentó en el borde de la tina. Ordenes permaneció de pie.

—Oiga, mi viejo, tengo un problema.

—¿Cuánto? —dijo Ordenes llevando la mano al bolsillo.

—No, no es eso. Es un asunto oficial.

Y le contó lo de los plátanos orientales. Ordenes lo escuchó atentamente, con la cabeza ladeada, haciendo bocina con la mano en la oreja derecha.

—¿Y endei? —preguntó al final.

—Esa es la cosa —dijo Patito—, endei, qué hacemos...

El viejo rió largamente, estremeciéndose, sin producir el menor sonido. Al final tosió, carraspeó y lanzó un gran escupitajo que extendió con el pie:

—La cosa no es tan jodida, pues, don Patito, ¡tramítelos!

—Sí, pero, ¿cómo?

—¡Me! ¡La pregunta! Como siempre, pues. Que el doctor les dé la razón, pero que les diga que tiene que mandar el informe a Santiago, al Ministerio, para que de allá venga la orden y la Muni no se pueda oponer, ¿ve? Y, si lo vienen a ver a usted, les dice más o menos lo mismo. Hasta puede echar una telefoneada a Santiago, delante de ellos. Eso siempre da resultado. Convence mucho. Es cosa probada. Después, deje pasar el tiempo. Así los puede mantener un año...

—¿Y después? —dijo Patito.

—¿Después? —repitió Ordenes—, ¿y que tiene que preocuparse de lo que va a pasar después, de aquí a un año?

Ambos se miraron muy serios. Luego Ordenes volvió a reír en silencio largo rato. Reía aún cuando el gobernador salió.

Tres funerales solemnes, con discursos y banda instrumental (del regimiento) le correspondió presidir a Patricio Erraín durante su período. Murieron en rápida sucesión: de asma el general (r) don Otto Funk; de cirrosis el sargento de carabineros Pedro Muñoz; de disentería la directora del Liceo, señorita Adelina Lagos. Para el general, Patito empleó en sus discursos adjetivos como “integérrimo”, “pundonoroso” y “acrisolado”; para el sargento, “abnegado”, “fiel”, “sobrio”; para la directora, “apostólica”, “ejemplarizadora”, “virtuosa”. En el caso del general habló de “ejecutoria”; en el caso del sargento, de “hoja de servicio”; en el caso de la directora de “libro de vida”.

Hubo, como estaba previsto, una huelga de profesores; pero no fue posible arrestar a los cabecillas, de acuerdo con las instrucciones, porque no fueron habidos. En cambio, sus domicilios fueron allanados con energía y se encontró en ellos gran cantidad de propaganda subversiva. El hallazgo mereció titulares de primera página y un editorial en la prensa de Santiago, pero, como al cabo de dos días, el gobierno prefirió ceder y aumentar los sueldos de los profesores en un porcentaje cercano al solicitado por éstos, el asunto perdió interés.

Al cabo de un año, don Alfonso debió abandonar el Ministerio (era el miembro más antiguo del Gabinete). Entre los desplazamientos inmediatos, estuvo el de Patito, que recibió ese día, al llegar, el saludo de siempre:

—¡Buenos días, mi Gobierno! —y, al salir, nada.

Sobre su deceso no cabe agregar más. El cronista entiende que su deber es registrar los hechos que tienen relación con la historia de este pueblo. La vida privada de las personas no le interesa más que ocasional y marginalmente cuando de algún modo se vincula con aquélla.

Santiago, 1957.

CANUTO

En esta casa usted puede ver estoy escaso de cama, total de todo y mi señora no tiene nada, anda descalza. Soy padre de dos hijos, el mayor de dieciséis años y el más chico de diez. Otros se malograron, se los llevaron los males del pobre, que el Señor los tenga en su Santo Reino. Estos dos que quedan están estudiando y ahora que yo me muero porque me han matado, qué va a ser de ellos.

Porque estoy accidentado dirán, pero esto no es accidente. Esta pierna derecha la tengo cortada al lado arriba de la rodilla, esto me lo hizo el Doctor en la Posta. Tres carros del tren pasaron por arriba de mí y la máquina. Todas las costillas tengo quebradas y otros huesos, y sangre no me queda nada. Cuando me operaron la pierna vinieron diciéndole a mi señora que yo me había muerto. Ella lloraba amargamente sin amparo porque ya ni los hermanos. Y mis hijos tan jóvenes. Cuando sentí una voz del cielo vaya el mármol a la tierra, lo nuevo se va al Cielo adonde vive el Angel Gabriel de portero donde vino un ángel a recibirme adentro de la Gloria donde allá hay puro gozo y bendito sea el nombre del Señor. ¡Gloria a Dios!

Cuando volví me encuentro en una pieza llena de luces y un Doctor vino y se sorprendió, es que sangre no tenía nada. El señor practicante me colocó inyecciones en los dedos y comencé a reaccionar con la sangre, sentí una voz de muerte a vida para volver a nacer nuevamente de una nueva vez, pero no ha de ser por mucho, lo noto, me han traído aquí al morir porque yo lo pedí y es el Señor que me da vida y me manda para que sea publicado el mal, ojalá en todo Chile para que pasen la vergüenza, para eso me ha dado estos alientos.

Fue como antes, ya una vez he andado por un camino con dos hermanos más y me han salido a quitarme la vida un patrón con quince hombres. Me han dado de bofetadas, garrotazos y azadonazos, me salían gotas de sangre de la cabeza y me quitaron la Escritura. En ese campo quedé tendido adonde me encontraron después los hermanos y me trajeron a Pinto, entonces me llevaron al Doctor y me sacaron toda la ropa y él me revisó la pierna. Dijo que no tenía sanidad de la pierna y entonces yo sentí de parte de mi Señor que iba a sanar y le dije al Doctor que mi Señor me iba a sanar. El Doctor se sorprendió y me dio la salida. Me trajeron dos hermanos aquí a esta misma casa. Clamaba mi señora sufriendo y a los seis años fui sano de la pierna izquierda.

Del ver que hay tanta maldad en esta tierra donde los patrones apulmonan a su gente y a mí mandan a quitarme la vida otra nueva vez después de eso que le dije, que fue hace como diez años, de eso quería decirle a ver si usted puede hacer que publiquen en esa prensa. He sentido de parte del Señor que usted comunique para que la gente pueda ayudar porque estoy escaso de todo y no ha de ser la ayuda

para esta persona que habla porque estoy escaso hasta de la vida, más bien para que se den cuenta y reparen cuando vayan leyendo de tanto sufrimiento que se pasa por esta gente mala tan Grandes Caballeros que al hombre lo exprimen hasta el último jugo y al que se atreve hablar la Santa Verdad del Señor hasta lo matan no más.

Y es tantísimo el miedo y el interés que cuando he venido a decir las verdades ha llegado el Pastor para decirme que no está bien, mi Reino no es de esta tierra y pues yo sigo porque es la orden del Señor en mi oído y hasta me dejan fuera de la Iglesia. Pero no me han faltado los alientos para seguir diciendo lo que hay que decir y siempre habrá quien escuche. Porque a mí no me han gustado las cosas malas, porque le dije una cosa como es, con el corazón limpio: que el señor Errazo en sus fundos a la gente la tiene como animales y este año de las cosechas les sacó la media y casi la otra media también cobrándole los sacos y talaje y hasta el aire pareciera, y con el artificio de que éste criaba un chanco y que el chanco se arrancaba y le comía las chácaras o que habían robado talaje o una leña del monte y así la mentira. Y yo le dije porque el Señor me mandó andar diciendo las verdades. Y la gente me escuchó, fue a la justicia del trabajo y diez días le hicieron la protesta. Eso le cayó mal al señor Errazo y me la sentenció donde dijo que yo era un elemento y un agitador. Y hablaron contra mí en el sermón mi hermano el Pastor y también habló el cura en la Catedral de Chillán.

Entonces una nueva vez, igual que hace diez años, han venido mis hermanos, no de la creencia pero de mi misma gente, con ojota, es como si ellos mismos se cortaran los bra-

zós, y me dieron con piedras en la cabeza y me echaron a la línea por muerto para que el tren me rematara. Y diciendo que la gente iba a pensar que yo estaría bebido, yo los sentía como de muy lejos, que lo iban a creer, sí, porque anterior, el vino fue mi pecado, no niego. Pero mi Señor me dio fuerzas y aunque estaba aturdido me pude ganar a un lado arrastrándome como culebra, no para alcanzar a salvarme entero, no estaba de Dios, la pierna me la sacaron al lado arriba de la rodilla y ya la muerte me va a ganar, pero sí me quedó la voz para decir que fue el Juan Ponce y el Pedro Muñoz con el campero de don Errazo del fundo El Encanto, ese hombre que le dicen El Cuchillo, ellos fueron los que me dieron con piedras y con toda la intención porque para eso el patrón los mandó, me echaron a la línea. Donde yo no sentía pito, no sentí nada, una sordera tan grande que me dio y no supe como me iba arrastrando para un lado cuando pasó la máquina y los tres carros, diz que el maquinista se dio cuenta cuando ya estaba encima y me vio la cara debajo de la máquina, yo iba dando vueltas como saco entremedio de la tierra y las piedras de la línea y las ruedas me iban trillando. Entonces él paró la máquina y me sacó con la pierna colgando y las costillas todas quebradas y otros huesos y ya sangre no tenía nada.

^{sup} Al cabo del retén yo le dije todo, él vino donde el practicante y escribía en la libreta. Pero cuando le dije que fue el Juan Ponce, el Pedro Muñoz y el campero del fundo El Encanto, que quien iba a haberlos mandado si no era el señor Errazo, él se enojó primero después se reía y hacía así con el dedo así en la cabeza, que yo estaba loco, me faltaba un tornillo, le hacía así gesto con el ojo al practicante y

a otra gente que estaba y hacía con la mano movimiento de tomar trago. Entonces yo cerré la boca y oré por ellos al Señor y les pedí luego que me dejaran venirme a mi casa. Dijeron que la pierna iba a echar cicatriz pero eso qué importa si no soy más que una pura bolsa de hueso roto. A mi niño más chico lo llamé y le digo vaya hijo, a buscarlo a usted, para que usted escriba a Santiago para esa prensa.

Así a los sesenta años cumplidos vengo a morir no por mal natural ni la voluntad del Señor, vengo a morir porque lo ha querido un patrón. A ver si usted lo dijera para que sepan y para que hagan una ayuda para esta gente. La casa es propia, yo mismo la hice aquí en la cortada del camino que dijeron es terreno fiscal y el dueño del fundo dijo es del fundo, pero el cerco dejó la cortada más acá de lo fiscal y aquí levanté la mejora. Detrás hay dos manzanos, tres duraznos apestados, cinco nogales que algo dan, algo para morir de hambre y con la escopeta de mi abuelo se puede cazar algún conejo, algún zorzal, aunque es casi más lo que cuesta la munición, y así todo eso no da para sustentarse ni para mandarle algo al niño más grande que está estudiando en Chillán, ojalá siga en eso y no caiga en estos fundos de los Errazo a trabajar por la galleta. Dígale usted para que lo sepan, a ver si ayudan a esta mujer y a estos niños, que van a quedar sin ningún amparo al faltar yo, que de pensarlo y saberlo hasta la Gloria me va a parecer amarga.

Santiago, 1966.

UN SEÑOR OFICIAL

ando, du...
beza y sus tra
la boca,
dejando el
en el
en el
de un
de un

después el
de un

de un

de un

El sargento dijo:

—¿Qué le está pasando, mi cabo?

El cabo ladeó la cabeza y un mechón de pelo lacio le cayó sobre la cara. Apretó la boca, pero al instante el labio superior volvió a alzarse dejando al descubierto dos dientes, en un gesto indeciso, habitual en él.

—Pch —dijo— yo... —se encogió de hombros y observó su vaso, lleno hasta la mitad de cerveza amarilla.—

—Desde que ascendió a cabo 1.º ya no se le conoce —continuó el sargento—. Se ha puesto desordenado y de mal vivir, si se quiere.

Lo miró fijamente echando atrás el tórax de hombros rectos, muy marcados los pliegues de su rostro moreno, ligeramente picado de viruela.

El cabo no dijo nada. Observaba la pequeña insignia roja y blanca de 20 años de servicio, prendida sobre el bolsillo izquierdo del sargento, exactamente al centro, a tantos y tantos centímetros de la costura, etc., tal como lo indica el reglamento.

—Anda hasta sin afeitarse... —el cabo se sobresaltó y

levantó la mano como para taparse la cara; luego se rascó los ralos pelos de la barbilla. La voz acusadora prosiguió—: ... se le ve con la tenida sucia y muy a mal traer, hasta le faltan botones...

El sargento sacudió la cabeza y sonrió repentinamente (grandes dientes blancos, tapaduras de oro), alzando la copa:

—¡Salud!

El cabo aclaró la garganta:

—Salud —murmuró.

Bebieron.

El cabo volvió a carraspear:

—Usted, mi primero... Bueno... —se rascó la cabeza.

—Usted se cree mucho, mi cabo —dijo sentencioso el sargento—. ¿Se piensa que es el primer cabo 1.º del Ejército de Chile? El otro día me dijeron que había llegado malito en la mañana.

El otro se ofendió:

—¡Cuándo! No ve que anda mucha intriga, mi primero...

—Sí, porque es raro que tratara de subir por arriba de la reja cuando la puerta estaba abierta. ¿No es cierto?

—No la vi —suspiró el cabo.

—Y después, diz que mi teniente lo encontró durmiendo en el picadero.

El cabo bajó la cabeza.

—Lo que me extraña es que no le hayan tirado 48.

—¡Cómo no que me iba a tirar 48! Seguro que él nunca ha llegado así, pues —dijo el cabo vivamente—. Yo le sé muchas, por eso se hizo el blando, ahí está la cosa.

—Ahí está la cosa —repitió el sargento, reflexionando

en voz alta—, así que porque mi teniente, usted se cree con derecho...

El cabo se encogió de hombros:

—Pch.

El sargento se pasó la mano por la cabeza, poblada de pelo gris y compacto:

—Conque así —dijo—. Bueno, bueno. ¿Y qué hay de su señora, mi cabo? —inquirió de súbito.

—De... mi, mi... —tartamudeó el cabo—. Nada, es decir..., nada.

—Dicen que anduvieron peleando —siguió implacable el sargento—, que algo pasó con la María Lunares.

El cabo no respondió.

—¿Cómo fue, mi cabo? ¿Usted la quería llevar para la casa suya, o ella se fue a meter?

—Yo... —el cabo hizo unos ruidos lastimosos y se detuvo.

—¿Y es verdad que su patrona usó la Virgen del Carmen?

—¡No! —gritó el cabo. Vaciló y enrojeció todavía más—. Mire —agregó desesperado y resuelto—, yo le voy a contar todo, mi primero, para que usted no crea.

El sargento torció ligeramente la cabeza para escucharlo mejor.

—No sé qué diablos me pasó. Fuimos varios donde la María después del pago. Yo ni me había merecido por la casa. Ahí se armó la fiesta y se me pasó un poco la mano.

—Mmh.

—No sé cómo me entusiasmé tanto, y los convidé a todos al otro día a seguir la fiesta en mi casa.

Al sargento se le escapó una risa, pero se puso serio en seguida:

—Sí.

—Llegamos cantando, felices. Yo iba abrazado con la María. Golpeamos y nada. Golpeamos más fuerte... nada. Le pegué unas patadas a la puerta... nada tampoco. "Abra, mijita", grité para adentro.

—¿Y abrió?

—Abrió. Usted la conoce a la Carmela, ¿no?

—Sí, claro.

—Usted sabe que es chica, más bien flaquita, ¿no?

—Mmh.

—Cuando abrió, yo le juro que la vi grande, ¡así estaba de enojada!

—¿Y la Virgen del Carmen?

—La tenía en la mano. Era bien bonita esa Virgen. Me la regaló mi mamita, que en paz descanse. "Es la patrona de ustedes, del Ejército", me decía siempre. Grande, de yeso, muy bien pintada y la cara, tan linda que era un primor. Y eso fue lo que pasó.

—¿Eso fue? —preguntó el sargento—. ¿Qué?

—Que ella salió con la Virgen, pus.

El sargento se mostró extrañado:

—¿Y nada más? Cómo, entonces los otros se fueron y usted... Pero a mí me habían dicho...

—No —sacudió la cabeza el otro—. No fue así. Ella salió con la Virgen, hecha una furia y nos largó un rosario...

—¿Un rosario?

—Sí, de garabatos y maldiciones. Y dijo: "Por esta Virgen, que en mi casa no entra ninguna p..."

—Brava la patrona.

—Mucho. Pero también se puso brava la María Lunares y le contestó parecido. Entonces viene la Carmela echando fuego por los ojos y nos agarra a todos a virgenazos. A la María casi le partió la cabeza. Diez puntos le hicieron.

—¿Y a usted?

El cabo rehuyó el tema:

—Así que entonces todos se fueron y yo me entré a la casa.

—¿Ese parche en la frente que usted anduvo trayendo, era por eso?

El cabo inclinó la cabeza.

El sargento lo miró y de pronto comenzó a reírse. Poco a poco la risa subió y estremeció todo su cuerpo. Reía con la boca abierta, la cara roja, las manos sobre el vientre. El cabo lo miraba con tristeza.

—Buena cosa, buena cosa —terminó de reír el sargento, con los ojos llorosos—. Así que así, no... —luego se puso serio—. ¿Sabe qué más, mi cabo?

El otro le dio una mirada interrogativa y sombría.

—Lo que hay —dictaminó el sargento—, es que a usted se le han subido los humos a la cabeza. Usted andaba lo más bien. Ahora, desde que lo ascendieron, se ha echado a perder. Porque es cabo 1.º ya se cree un señor oficial, esa es la cosa.

El cabo protestó débilmente.

—No me diga a mí —insistió el sargento—. Por eso que anda de farra, llega atrasado y con trago, no se afeita... Un señor oficial, eso es lo que se cree —y con súbito enojo, agregó—: ¡Déjese de tonteras, mi cabo!

Se quedaron largo tiempo en silencio.

—Terminemos el trago —ordenó el sargento.

Bebieron el resto de la cerveza, pagó el cabo y caminaron hacia la salida. El sargento lo tomó del brazo afectuosamente:

—Mire, mi cabo —le dijo—, yo entiendo lo que le pasa. Es cierto que los oficiales hacen todo eso, y otras cosas peores que usted y yo sabemos, pero no se pueden tomar de modelo. Esto es muy serio. Imagínese si todos nosotros, suboficiales y clases, hiciéramos lo mismo, ¿adónde iría a parar el Ejército?

El cabo caminaba con la cabeza gacha, sin responder.

Santiago, 1952.

RADIOTEATRO

—Escucha testa —me dijo el director de la radio.

—¿Testa? —le dije—, ¿en italiano?

—Ya saliste, Andrés Bello, concha de tu madre —repliqué. Las peores obscenidades le sonaban inocentes o académicas, debido a su exacta articulación de locutor (concha-de-tu-madre) y a su voz, naturalmente impostada “como mi padre”. Decía algún garabato casi cada vez que abría la boca. En privado, se entiende. Ante el micrófono era siempre un gentleman “como mi padre”, pulido hasta la náusea. Yo estaba tratando de redactar nuevos textos para “*Confidence*, el nuevo desodorante de triple acción que invita a acercarse más... y más... (jadeo), pero mucho más” (con música de Gabriel Ruiz); pero no me salían. La agencia quería algo como “la pasión que él sentía al besarla” (1), sí, pero... ¿qué? El director, que estrenaba una casaca de cuero de vaca color arena, con botones verde musgo, sorbía yogurt con mermelada de una taza sin oreja y revisaba las cartas, única ocupación que lo inmovilizaba por más de media hora delante de su escritorio.

(1) “... volverá con el uso constante de Forhan’s”.

—Escúchate... (pausa) ésta —me dijo con rencor—, ¿está bien así?

—Yes.

Comenzó a leer: “Señor Director. Le ruego tenga a bien hacerme este llamado de A-mor”. Amor con mayúscula escribe esta puta —intercaló—. “Se lo suplico lo pase lo cuanto antes posible y por varias veces”. Sí, mijita, lo vamos a leer cada vez que demos la hora, junto con el aviso de Guinguis.

—Oye —le dije—, espera. Déjame leerla a mí, pero llamado. Todo lo que tú lees suena como aviso. No puedo prestar atención, me desconecto. Es un reflejo condicionado.

—Chuchón —me dijo en tono de leve reproche, aterciopelando exageradamente su voz de barítono—, hijo de puta. Nunca olvidaré esta afrenta —metió la carta en el sobre y me la disparó. Alcancé a pescarla en el aire.

Era una carta poco corriente. Letra clara, estilo “yo soy una pobre colegiala”. Tinta verde. Lapicera fuente, no lápiz de pasta. La ortografía bastante buena para lo que se estila en cartas a la radio. Ahí va:

“Señor

Director de la Radio.

Le ruego tenga a bien hacerme este llamado de Amor. Se lo suplico lo pase lo cuanto antes posible y por varias veces. Puesto que los dos no tenemos donde ubicarnos y tampoco se me ocurrió decirle a él dónde me podría encontrar. Fue algo tan imprevisto y la misma emoción no nos dio lugar a nada.

Tengo la esperanza que por su intermedio ubicar a Pedro. También mucho le agradeceré, si fuera posible, hacerle

llegar esta carta si él fuera a la Radio. Nos conocemos únicamente por Pedro y Mary.

Su muy agradecida.—*Mary*".

Fin de la primera página. En la siguiente, la carta volvía a comenzar, con fecha y todo:

"Santiago, 29 de julio.

Querido Pedro:

No sabes cómo te extraño, te echo mucho de menos. Te esperé esos dos días que tú me dijiste, viernes y sábado de 3 a 3½ horas y no llegaste. Te conocí tan poco, que ni siquiera se me ocurrió preguntarte tu nombre completo. Fue muy poco lo que nos conocimos, pero llegué a quererte con toda el Alma. Tú me dijiste lo mismo y quedaste de volver, mas no sé qué fue lo que te sucedió que no viniste.

Desearía que TU VINIERAS a decirme qué te pasó.

Para que sepas quién te hace este llamado, te diré cómo nos conocimos. Te acuerdas que fue el jueves 21 en la mañana, una mañana de lluvia por Blanco Encalada, ibas tú y me encontraste como diuca empapada iba yo y me ofreciste llevarme en Tu Camioneta color acero. Me fuiste a dejar para la Gran Avenida paradero 18 por Briones Luco, y en la tarde volviste y nos encontramos pasado las 3½ por Briones Luco, paseamos un poco y pasamos por donde mismo me encontraste y andubimos en la camioneta por calle Dieciocho, pasaste a un taller de repuestos, me contaste que trabajas en esa querida Emisora, en seguida dimos un paseo más afuera y me dijiste muchas cosas maravillosas y quedaste de volver. Nada pasó, sólo fueron frases muy hermosas y yo sé que fuiste sincero al decirlas. Pedro, le juro que Ud. fue un hombre maravilloso, inmensamente bueno, muy cariñoso, me su-

po tratar con mucha ternura que yo por primera vez he sabido lo que es la Felicidad me parecía estar soñando, creía que por fin se me habrían las puertas del Cielo.

¿Porque se acuerda que algo le conté de mi amarga existencia? Usted me dijo que no quería perderme. Yo tampoco lo deseo, sólo deseo volver a verlo muy pronto y no perderlo nunca más de vista. Fue como un flechazo, nos conocimos y nos gustamos y yo creo que por primera vez me he enamorado. Lo quiero con toda el alma. Y sin su cariño para mí la vida ya no tendría nada de brillo. Le ruego por lo menos me dé una explicación, fue tan buenísimo que no puedo pensar que sea un farsante. Lo que creo que pueda haberle ocurrido algo inesperado, pero ruego porque no sea nada grave. Querido Pedro espero ansiosa su visita por estos lados. Si no pudiera ubicarme personalmente, le daré una dirección que es calle Briones Luco 275 siempre por Gran Avenida o sea por ahí mismo donde fue a encontrarme. Ahí vive una señorita modista que se llama la señorita Rina y me puede dejar cualquier recado o carta. Yo de ahí estoy cerca, usted lo sabe. Cómo me gustaría encontrarlo nuevamente y no perderlo nunca más de vista así como usted igualmente lo deseaba. Puede que la suerte me acompañe y nos encontremos nuevamente al azahar en la calle. Pero le pido de todo corazón que alcance para acá y me dé noticia.

Con todo cariño.—*Mary*".

La carta volvía a terminar. Pero en la página siguiente comenzaba de nuevo, como esas visitas que se van y no se van, entre la puerta de calle y la mampara sigue la conversación, indecisa y lánguida, pero interminable, después de tres despedidas "ay, es tan tarde, tenemos que irnos, qué va a de-

cir Fulano; oye, y entonces, dime, pero ¿de qué estábamos hablando? Ah, tú me estabas diciendo, no, yo te decía o sea ¿qué fue lo que le contestó ella?”, etc., etc. (Claro que eso era antes de la televisión). Mary insistía, ahora sin fecha ni encabezamiento:

“Pedro, rogaré para que ésta llegue a sus manos y usted trate de alguna manera de encontrarnos. También le daré un número de teléfono de un señor que trabaja en la Cámara, es taquígrafo él, y yo voy siempre allá por diligencias que me manda mi patrón. El número es 68151, pregunte por el señor Gómez y a él le pregunta por mí, por la Mary, me puede dejar cualesquier recado o puede que yo esté ahí. Le he dado todos los pormenores cómo me puede ubicar. Cualquiera cosa que sea, le pido que me dé una explicación, por lo menos ha de ser una conformidad. Le juro que estoy Desesperada sin saber nada y ya van a ser 15 días de esta agonia. Todo lo que le digo nació desde el fondo de mi corazón puesto que habla el Verdadero Amor”.

Fin.

¿Fin? No, todavía no. En el margen de la última hoja, ya con un pie en la calle, la carta continuaba, varias líneas escritas transversalmente:

“Espero ansiosa tu visita (ahora lo tuteaba), puesto que estoy dispuesta a Todo por ti. También había llevado la fotografía que me habías pedido. Sería primera vez en mi vida que doy una foto”.

—¿Qué te parece? —me preguntó el director.

—Preciosa. Especial para El Correo del Amor. Esa Mary me puede dejar sin pega.

—Sí —dijo pensativo—, imagínatela leída por la Elia-

na, con esa voz pajera que tiene... Les llegaría a salir humo del clítoris.

—Oye, ¿tú no puedes hablar más que de la cintura para abajo?

—No, mijito, ¿por qué?

—Preguntaba no más.

—Como la historia del turno Benavente, cuando le preguntaron cómo había llegado a ser maricón. “Así mismo”, dijo, “preguntando” —y dejó oír su risa seca, que solíamos comparar con los rebotes de una pelota de carey. Se puso serio—: No, ¿sabes? A mí lo que me preocupa es saber quién es el tal Pedro con su “camioneta color á-cero”.

—¿Por qué te interesa tanto?

—¡Putal! ¡Es que no hay derecho, hombre! Alguien de la radio anda por ahí conquistando minas... ¡y no se las tira! Es denigrante. ¿Dónde queda el prestigio de la emisora?

—Sí, después de todo lo que tú has hecho por levantarlo.

Habló en tono de radioteatro:

—Tantas fatigas, tanto semen derramado, tanto secante verde...

Nos reímos. Toda alusión al secante verde debía celebrarse con risas. El gerente no se explicaba cómo podía consumirse tanto (“en esta época de lápices de pasta, pues hombre”): casi cien hojas al mes. El director lo empleaba, según decía, para evitar que el semen manchara la cubierta del escritorio, sobre el cual instalaba a sus damas, sentadas muy al borde, con las piernas abiertas y alzadas, él las sujetaba por las corvas, ellas solían prender los talones en sus riñones (“rana-style”, lo llamaba), para fornicar. Eran operaciones veloces, realizadas con espíritu deportivo, a razón de dos o tres dia-

rias. Las "ranas" eran casi siempre de 16 a 18 años, procedían de los barrios del sur (debido tal vez a la orientación de la antena), morenas y mal vestidas, y se presentaban con diversos pretextos: "quería conocer la radio", "me dijo una amiga". El director no perdía tiempo: a la oficina — puerta cerrada — secante verde — calzones abajo y jupa! A las liceanas las rechazaba por principio: traen complicaciones. Otras algo mayores y con pretensiones requerían prolegómenos, pero habitualmente cedían luego, en silencio, ante la actitud muscular y ejecutiva del director.

—Oye, ¿cómo lo haces? —le preguntaba yo—, ¿nunca te falla?

—A veces sí —decía él—, pero para qué hacer radioteatro. Uno es un caballero, ¡por la mierda! Basta envainar, cerrar el marrueco, guardar el secante, saludar de mano y adiós, pampa mía.

—Pero, ¿no se ofenden, no gritan, no protestan?

—¿Tú has escuchado gritos?

—No.

—¿Entao?

Algunos malignos sostenían que todo era falso. Que el director se limitaba a hablar de vaguedades con sus admiradoras y que, cuando mucho, les rozaba una mano y las convidaba a tomar té; que lo del secante era un truco ejecutado con engrudo porque, si fuera cierto, ¿cómo nunca tenía el pantalón manchado?; que nadie podía sostener una actividad sexual tan intensa y persistente. El director sonreía desdeñoso. Al argumento de la ausencia de manchas respondía exhibiendo un trozo de plástico cuadrado, con un corte en el centro, a la manera de un poncho; colocado en su lugar,

decía en tono comercial, aseguraba eficaz protección contra tal riesgo. Además, agregaba, “yo soy el hombre de los mil pantalones”. A los que planteaban dudas basadas en el límite de la resistencia humana, respondía:

—Es el yogurt. Hay que tomar yogurt. El yogurt levanta, endurece y mantiene.

Los rumores y las dudas persistían (pero el consumo de yogurt aumentaba).

El director emprendió una investigación meticulosa acerca de la carta de Mary. No había ningún Pedro en la planilla de sueldos del personal de planta, ni tampoco en la de artistas. Nadie sabía de ninguna camioneta color acero. Al día siguiente, mientras sorbía su yogurt de las doce, me dijo que estaba dispuesto a ir a la fuente.

—Como dijo Sherlock Holmes: *cherchez la femme*. Quiero que me redactes un llamado a Mary. Vago y calentador. Que venga para acá por un asunto que le interesa, etcétera, tú sabes. Tengo que averiguar quién es el que te dije.

Golpearon. Una voz titubeante y meliflua preguntó desde afuera:

—¿Se puede?

—Pase, mijita —dijo el director.

Asomó su cabeza de largo pelo lacio y sus ojos de largas pestañas, Roberto, el ayudante de la discotecaria.

—Don Esteban —dijo con dulzura—, ¿podría prestarme la llave de la discoteca?

Pronunciaba en exceso. Le resultaba: “pe-restarme... dis-cote-ca”.

—Como no, chiquilla —le dije el director, mientras buscaba en su llavero de cuero de cocodrilo—, ¿y tu jefa?

—Hoy dijo que no venía —dijo Roberto—, tenía permiso porque le llegaba la mamá del sure.

—¿Ah, sí? ¿Y quién le dio *pere-miso*?

—Don Pedro. Ella quería hablar con usted, pero usted no estaba y por eso.

El director se puso meditabundo:

—Don Pedro... Mmh. Total, que esa yegua no viene nunca —dijo entre dientes—, voy a tener que penquearla. Bueno. Ahí tienes la llave de la discoteca. Me la devuelves antes de irte, ¿oíste?

—Sí, señor —Roberto hizo un grácil giro hacia la puerta—, no pierda cuidado, señor.

—Oye —le dijo el director—, ¿tú eres hijo único?

—No —respondió ruborizándose—, somos seis.

—¿Seis qué? ¿Hombres, mujeres o...?

—Seis..., es decir, cinco mujeres. Yo soy el menor, señor, el único varón.

—Capito —dijo el director—. Adiós, linda.

Roberto bajó la cabeza y salió.

—¿Para qué lo jodes tanto? —le pregunté—. Sus hormonas son problema de él, a ti qué te...

—¡Lo jodo porque me jode! —dijo con violencia—. Estos maricones pobres traen jetta. ¿Viste la cartera de avisos? Nunca había estado tan baja como este mes. Yo me creía muy astuto cuando fijamos el sueldo con porcentaje de la cartera. Y ahora...

—Tal vez no sea culpa de Roberto. Sería cosa de ver la programación, ¿no te parece? Casi todas las radios están te-cleando.

—En todas hay maricones.

—Bueno, pero la situación económica general, la competencia de la televisión... En México...

—¡Pico! —gritó—. Donde hay locas entra la mala. Lo he visto mil veces.

Me encogí de hombros y volví a mi libreto. Pero el director se había quedado preocupado.

—Oye —me dijo—, después de todo, hay un Pedro en la radio.

—¡No! ¿No estarás pensando en...?

—Sí, pues. El mismo. Don Pedro. Eso lo explicaría todo. Hasta lo de la camioneta. Aunque la de él es más bien crema.

—No creo...

—¿Por qué no? También un gerente puede tener su corazoncito, por concha de su madre que sea. Y que a la hora de la verdad se corra, es lógico. A ese muerto no hay yogurt que lo levante.

Nos quedamos en silencio, sopesando la posibilidad del idilio entre el rico empresario y la niña pobre de la Gran Avenida.

—Parece gotán. Yo creo que el radioteatro te está deformando el cráneo —le dije.

—No me faltes el respeto, culcado —me dijo amablemente. Sonrió y se frotó las manos—: Ahora lo vamos a pillar al viejo lacho —me miró fijamente—: ¿Sabes que tienes razón en eso del radioteatro? Podría ser un gol. Mejor que “El derecho de nacer”. Imagínate...

Inmóvil, con la mirada perdida y un dedo en la boca, se detuvo a buscar inspiración. Con ojos chispeantes cantó: “Ping, ponggg, bummm”, y luego, con la voz húmeda y pro-

funda, de radioteatro (él la llamaba “la voz vaginal”); —Por la onda cariñosa de su emisora compañera de las horas del hogar —pausa, transición hacia la voz “metálica”—, Asociación de Industriales Metalúrgicos A-SI-MET presenta —trompeteó, inflando la cara, un prelude de Wagner—: Toro-róm... pompo pómpon... pompopón... Volumen, baja y de fondo —acotó rápidamente con un costado de la boca y siguió en el tono de los Grandes Anuncios—: “Amorrr... de Gerente...”

—“Ella sabía que su amor era imposible” —continué, siguiéndole la corriente—, “pero estaba dispuesta a jugarse el todo por el todo... en aras de la felicidad...”

—Toto totóm... toto totóm pum pupum pan papán pam pam pam —canturreó él, entre risas.

Me reí también:

—Bueno, como radioteatro puede pasar, pero no creo que el viejo...

El insistió. Me exigió que redactara un llamado para Mary.

—Hay que producir el careo —repetía—, ¿te imaginas al conquistador frente a frente con Mary?

El llamado se pasó cuatro veces el primer día: “Se ruega a nuestra auditora, señorita Mary, de calle Briones Luco, venir a los estudios de la emisora a la brevedad posible por un asunto *personal* que le interesa”. Ella no apareció. Al día siguiente, el director ordenó pasarlo ocho veces y además trató de localizar a Mary llamando al teléfono de la Cámara de Diputados, pero nadie la conocía; cuando logró hablar con el señor Gómez (que no era taquígrafo, sino secretario de un diputado), recibió un seco: “Aquí no hay ninguna

Mary" y un golpe violento del fono al ser colgado, que lo dejó sordo.

El viernes llegué temprano, antes de las 11. Sepúrveda, el portero, me dijo alzando las cejas en forma pícara:

—Ahí lo están esperándolo, en la oficina.

—¿Sí? ¿Quién? ¿No será cobranza?

—No, es un cuero.

—¿Conocida?

—No se había visto antes por aquí.

—¡Claro! Y en vista de eso, usted llega y la hace pasar a la oficina.

Sepúrveda se encogió de hombros:

—Es que me dio no sé qué... Venía muy cansada. Subió a pie los nueve pisos.

—¿A pie? Entonces debe ser alguna cosa de auxilio social. Vendrá a pedir leche, fideos, zapatos... o a regalar una guagua.

—No, si no —el portero se mostraba algo ofendido—, ¿usted cree que uno no sabe distinguir? Si viene por ese llamado que pasaron y como don Esteban dijo que si venían le avisaran a él personalmente o a usted, por eso la hice pasar.

La oficina da a un patio de luz, pero luz es lo que menos tiene, sobre todo en invierno. El edificio vecino nos redujo a penumbra perpetua. Además, las persianas estaban bajas y la luz apagada, de manera que cuando abrí la puerta sólo distinguí un pequeño bulto, sentado al borde del sillón de las visitas y la mancha lívida de la cara.

—Perdón —le dije—, la tienen a oscuras —y encendí la luz. Mientras los tubos iniciaban su tartamudeo, antes de ilu-

minarse por completo, pensé que era una niña; que no, más bien una enana; que tenía una cara muy bella; supe finalmente que era jorobada.

—Buenas... tarde, este, buenos días —le dije—, ¿Usted... ?

Me tendió dignamente una mano muy delgada, caliente y húmeda, que retiró casi instantáneamente, en cuanto yo se la toqué. Era jorobada, sí, y enana también. El abrigo celeste, demasiado largo, ocultaba casi totalmente unas piernecitas lastimosas. Su calzado eran unos botines negros y altos, conventuales (o tal vez ortopédicos), que escondió velozmente al advertir que yo los miraba. Me sentí turbado. Enrojecí. Ella también enrojeció: desde el cuello vi como subía gradualmente hasta su frente una sombra rosada. Bajó los párpados sobre los ojos, muy oscuros, que le ocupaban la mayor parte de la cara. Reí tontamente.

—Bueno, bueno, je, je... Nosotros recibimos su cartita, por eso es que la llamamos.

—¿Pedro me mandó llamar? —preguntó ella con sencillez.

—Este... n-no —le dije—, ¿sabe lo que pasa? Es que no podemos localizar a esa persona en la radio. No hay ningún Pedro aquí en el personal.

Hizo un puchero, como una guagua:

—Entonces —dijo con voz muy pequeñita y trémula—, ¿para qué me llamaron?

“Abyecto”, pensé.

—Sí, es que nosotros creímos, es decir, nos pareció ¿no? que... tal vez usted podría dar otros datos, en caso que... Nuestro ánimo es ayudarla en todo lo posible. Por ejemplo, ¿cómo es esa persona... Pedro?

—Es muy bueno —dijo.

Tuve que carraspear para seguir:

—Sí, naturalmente. Por lo que usted dice en la carta, se ve. Claro. Pero, ¿cómo es *físicamente*, mmh? ¿Es alto, bajo, gordo, flaco?

—El es alto y delgado —dijo ella—, tiene pelo negro, largo.

¿Delgado, pelo negro? Entonces no podía ser el gerente. A menos que...

—¿Y qué edad tendrá? ¿Es joven o más bien maduro?

—La edad, no sé. Yo creo que debe ser joven. Sí, es muy joven. Habla de una manera muy suave —agregó con la mirada perdida.

—Bueno, pero eso de joven... es relativo. ¿Cuántos años tendrá? ¿Será más o menos como yo o mayor?

Me miró sobresaltada:

—¿Cómo usted? ¡No! Pedro es *mucho* más joven.

Definitivamente, no podía ser *don* Pedro. ¿Pero qué estaría pasando con el director, que no llegaba? Generalmente a esa hora. Abstraído, seguí mirándola largo rato. Ella comenzó dificultosamente a levantarse del sillón. Por primera vez noté ahora que tenía un pequeño bastón de aluminio con contera de goma.

—Espere —le dije.

¿Cómo retenerla hasta que llegara el director? Aunque, después de todo, ¿para qué hacía falta que la viera? Le hablé rápidamente:

—Mire, espéreme aquí mientras voy a hablar, eh, a hacer una consulta. Puede ser que haya llegado una carta o algo...

De pie, ella me llegaba apenas a la punta del esternón. Jadeaba un poco por el esfuerzo. Quiso decirme algo, pero me precipité hacia la puerta sin darle tiempo para hablar. Quería ver modo de encontrar al director. En el pasillo choqué con Roberto, el ayudante de la discotecaria. Enlazados, dimos una vuelta como de vals.

—Ay, perdone —me dijo con su tono más desfalleciente—, ¿está don Esteban?

—No. No sé qué le pasa, por qué no ha llegado.

Roberto agitó las pestañas, contrariado:

—Por Dios, qué voy a hacer. Fíjese que la señorita Fresa avisó que no venía y que le completara la programación. La tiene hecha hasta la una no más...

—Bueno, ¿y?

—Es que yo le iba a pedir a don Esteban la llave de la discoteca.

—Entre a la oficina y sáquela —le dije—, está colgada de un clavito en el escritorio, al lado del cajón.

Corrí a la oficina de contabilidad. Como siempre, tuve que esperar que desocuparan el teléfono. Escuché la voz resignada de la esposa del director:

—Está acostado, todavía. Llegó tardísimo anoche. Del Festival de Viña, dice. ¿Es urgente? Ya, se lo llamo.

Pausa. Luego la voz del director, algo ronca:

—¿Quién habla? ¿Qué mierda pasa? Ah, eres tú...

—La Mary —le dije—, apareció la Mary.

—¿Qué Mary? ¡Ah! La puta de la carta ésa. ¿Qué tal es, buena?

—No. No sé... Ya la vas a ver.

—¡Voy al tiro! ¿Llegó el viejo lacho?

—No sé, espera.

Pregunté si había llegado el gerente.

—No ha llegado. Anda en el banco. Dicen que viene luego.

—¡Perfecto! Entonces hacemos el careo... ¡Abajo las máscaras!

—Mira, no creo que sea lo que tú piensas. Por lo que ella me dijo...

—¡Bolas! Ahí vas a ver. No le discutas a tu padre, chuchón. Sujeta a la mina, que no se vaya.

—Oye, pero, ¿cómo la sujeto?

—Ah, no sé. Métele una rodilla en la raja, haz cualquier cosa. ¡Si se te arranca, te caño!

Cortó. Me quedé unos segundos mirando el fono como un idiota. Que no se vaya, que no se vaya... Corrí a la oficina y la encontré vacía. La puerta abierta, la luz encendida, nadie.

—¿Y la niña? —le pregunté a Sepúrveda—, ¿se fue?

—¿Cuál? —dijo él—, ¿la curca que estaba en la oficina?

—¡Sí!

—Acaba de bajar con el Roberto.

Miré las luces indicadoras del ascensor. Se encendió el siete. Me lancé por la escalera. Todavía existía una posibilidad. Puse un tiempo espléndido en el descenso, aunque debo confesar que últimamente he subido mucho de peso. La vida sedentaria.

Cuando llegué abajo, encontré que el ascensor había sido más rápido. Ni rastros de la parejita. Desalentado y sin aliento, me detuve a la entrada del edificio, tratando de dis-

tinguirlos entre el desfile incesante y desordenado de la gente de la calle. Nada.

—¿Qué le pasa que está tan sofocado? —me preguntó la vieja de los diarios.

Sacudí la cabeza, me encogí de hombros.

Repentinamente, por la rampa de la entrada para autos, surgió a gran velocidad una camioneta color acero. Al volante, serio y concentrado, varonil, vi al Roberto. A su lado Mary, con los ojos fijos en él, adorándolo. La camioneta viró, evitó a un peatón con un ágil zig-zag y dobló por la esquina más próxima.

Cerré la boca con esfuerzo. ¿Pedro = Roberto? ¿Y esa camioneta? Regresé perplejo a la radio.

—¿Cómo dice? —me preguntó el ascensorista.

—No, nada —recién advertí que estaba hablando solo.

Pero Sepúrveda estaba enterado. Como siempre:

—Sí, esa camioneta es del hermano de él, que vive en Las Cabras. Se la deja aquí en Santiago para que el Roberto la trabaje. Aquí mismo la estaciona, abajo.

—¡Pucha! —le dije—. ¿Y cómo no nos dijo?

—Nadie me preguntó —replicó retadoramente Sepúrveda—, además, dígame, ¿es alguna falta estacionar la camioneta aquí? A él le dan permiso.

—Cierto, cierto —lo apacigué—, es que como yo no sabía...

—¡Psch! —dijo él, despectivo—, hay muchas cosas que usted no sabe.

Cuando llegó el director, recién bañado, muy fragante a Johann María Farina y con una nueva chaqueta de tweed, lo saludé con una vieja cuarteta castellana:

“Es flaca sobremanera
toda humana previsión
pues en más de una ocasión
sale lo que no se espera”.

Después de escuchar la historia, el director se puso meditando, lo que no era frecuente. Al cabo de un largo silencio, recurrió al tono “portenio”, porque el tango, para él (y otros), contiene las fórmulas supremas de la filosofía.

—¿Sabés? —me dijo—, no somo nada.

Asentí.

—Porque la vida de cualquier mortal... —se detuvo, alzando las cejas.

—Tiene más vueltas que una oreja —terminamos en perfecto dúo.

Santiago, 1968.

QUESILLOS

Yo partía, tal vez para siempre. A las 7 de la mañana mi padre, ya completamente vestido y afeitado, me despertó para decirme que lo acompañara a comprar quesillos. Eran mis últimas horas en Santiago. Me lavé y bajé con él a la calle. Ya estaba en el aire esa maldita neblina azul y ácida, con olor a bencina, que hace arder los ojos y desalienta, aun en vísperas de un viaje.

En la puerta de la lechería descargaban un camión. Tintineaban las botellas entrechocándose en cajas de alambre, manejadas por dos muchachones de blanco.

Entramos. En el centro de la lechería había un hombre de pie. Digno y voluminoso, oscilaba apenas, era un monumento entre las empleadas —ellas esperaban, en chancletas, con botellas vacías y dinero húmedo, arrugado entre las manos rojas— y masticaba lentamente, como en sueños, quesillos envueltos en papel. Es decir, masticaba los quesillos y el papel que los envolvía.

Nos acercamos a él. Olía a vino, a vómito. Mi padre dijo: —Este es el coronel Peña. Compañero de mi curso. En retiro también.

Hizo una venia, unos gestos militares correctísimos, mantuvo los talones juntos:

—Mi coronel, le presento a mi hijo. (Entre dientes, agregó para mí: “Recién le mandaron el sobre azul”).

—Admirable —declaró el coronel, con indiferencia. Al parecer, no nos había visto entrar, pero no se sorprendió, ni cambió de expresión cuando mi padre le habló.

—Admirable —reiteró, y me tendió dos dedos de la mano derecha. Con los otros tres, sostenía su paquete de quesillos, un grueso cilindro mordisqueado en un extremo, del que colgaban hilachas de papel empapado y caían al suelo gotas de suero.

—Mi coronel Peña es un hombre muy preparado aunque a veces se ríe en la fila —dijo mi padre.

El coronel echó la cabeza atrás, abrió la boca y rió. Emitió un ruido profundo y sin alegría, proyectando en todas direcciones partículas de quesillo y papel. Entretanto, sus ojos miraban inquietos, acosados, por entre los gruesos párpados. También había tristeza en su nariz ancha, recubierta de venillas moradas.

—Mi coronel —dijo mi padre con sorna—, tenga cuidado con esos quesillos.

—¡Ah! ¿Cómo? —se puso muy serio. Miró el paquete fijamente, de cerca—. ¿Cuidado en qué sentido?

—Me parece que usted se los está comiendo con papel y todo.

—¿Papel? ¿Sí? —el coronel apartó la mirada de sus quesillos y la posó, nebulosa, en mi padre—: Son mejores con papel.

—¿Mejores? —mi padre dejó escapar una carcajada. Me miró. Yo no tenía ganas de reír. Siguió—: De todas maneras, te aconsejo que te los comas sin papel. No es lo que dice

el Reglamento. A la gente le llama la atención: es cuestión de prestigio.

—Tú siempre preocupado de los detalles —murmuró el coronel Peña, sacudiendo la cabeza—, tú siempre has sido así. Me acuerdo en la Escuela, después en la Academia. Yo no. ¡Nada! Por mí, puede haber a mi lado un tipo comiendo cartón que yo no diré nada.

Mi padre tenía un brillo irónico en los ojos:

—Bueno, yo me pongo nervioso. Si veo a alguien que está cerca de mí comiendo... piedras, pongamos por caso, tengo que decirle algo. En fin, no sé, no puedo resistirlo.

—Piedras... —repitió el otro con desdén. Eructó y puso cara de asco. Luego siguió—: Tú eres también exagerado. Siempre los has sido. Detallista y exagerado. Yo hablo de cartón y tú hablas de piedras. ¿Cómo va a ser lo mismo? De ninguna manera... —se quedó abstraído, los ojos casi cerrados. Se balanceaba perceptiblemente. Tenía partículas de quesillo alrededor de la boca, en las ventanillas de la nariz.

—¿Y el cartón-piedra? —insistió mi padre, con extrema seriedad.

El coronel suspiró, eructó de nuevo y mordió una vez el paquete de quesillos, quesillos y papel:

—Muy bueno para el hígado —dijo como disculpándose, confusamente, con la boca llena.

Masticó en silencio, mientras lo observábamos. Con la mano derecha, en la que sostenía el paquete, trataba torpemente de introducirse a la boca un trozo de papel que se le había pegado en el labio inferior. La mano izquierda la tenía sumida en el bolsillo del pantalón y al parecer se sujetaba con ella los testículos, o los buscaba.

—Usted anda muy elegante, mi coronel —volvió al ataque mi padre—. Ese chaleco de fantasía, por ejemplo, es toda una innovación.

—Italiano —dijo el coronel Peña.

—Pero me parece que usted no se fija mucho, no lo luce bien. Por ejemplo, lleva los suspensores por encima del chaleco, cuando deberían estar por debajo.

El coronel Peña dejó de masticar y se quedó en suspenso. Luego apuntó a mi padre con el paquete de quesillos, como si fuera un revólver:

—¿Ves como eres detallista?

Mi padre retrocedió un paso, alzando las manos. Luego rió. También reí yo, aunque no sentía alegría. Algunas de las mujeres que esperaban, reían también. Por todas partes vi en torno mío dientes y caras de risa. Pero, cuando volví a mirar a mi padre, algo había pasado. Su cara, recién iluminada, estaba ahora en sombras, dolorida, pálida, gris, como si una nube hubiera interceptado la luz ante él. Con voz enronquecida, dijo:

—Vamos. Adiós, mi coronel —y salió.

Lo seguí perplejo:

—Pero, ¿no íbamos a comprar...?

—No, no —dijo, respirando pesadamente—, no puedo.

¿El lumbago, otra vez? Me pareció que estaba como encogido de dolor, con los hombros abatidos.

—¿Te sientes mal?

No me escuchó. Su rostro estaba demudado, envejecido en muchos años:

—¿Tú crees que me parezco al coronel Peña?

Pensé un instante (los ojos, la nariz, el olor, los quesillos), y le dije sinceramente que no.

Dejó escapar una risa trunca:

—¿No? Más de lo que tú crees.

Lo miré. Sentía la garganta apretada, de manera que traté de mantener la cara más inexpresiva posible.

—Claro, tú dices “no”. No nos parecemos. Porque a mí tal vez me quede una cáscara: dignidad, prestigio, actitud. Porque soy “exagerado” y “detallista”. El, en cambio, es sincero. Yo no te entiendo bien. Tus ideas... Te viste como un obrero —y me lanzó una mirada súbitamente hostil.

Por unos segundos tuve muy nítidamente la impresión de que entre ambos se abría una grieta, como las que aparecen en algunos sueños o en fotografías de ciudades después de un terremoto. Una grieta entre ambos, que se ensanchaba en silencio, velozmente, mientras la cabeza me zumbaba. Y ya, en la lejana orilla opuesta del abismo la silueta de mi padre era pequeña, oscura y sin detalles y me hacía vagas señas. Cerré los ojos y de pronto volví a escucharlo y a verlo a mi lado, caminando sobre el pavimento de siempre.

—Ahora este viaje... Vas. Tú vas a alguna parte. Antes, en el Ejército también. Todo era claro. Ahora somos juguetes sin cuerda. Nada de lo que yo... ahora... —calló súbitamente. Su respiración sonaba muy fuerte.

Levanté los ojos del suelo y lo miré de reojo. Me sentí tan avergonzado que aparté la vista: nunca había visto llorar a mi padre.

Praga, 1960.

RELEGADOS

Un día y una noche
cuando llegaron
y nadie se atrevió a
dejarlos de Victoria,
y el viento pokar,

los relegados por
los repleantes los
y las cosas cambiadas
y patchos.

me la gente y
y la gente
y la gente

y la gente
y la gente
y la gente

Por un asunto de combinar trenes o algo así, nos quedamos a pasar un día y una noche en R.

Estaba lloviznando cuando llegamos, pero después el agua se largó tan fuerte, que nadie se atrevió a salir. Los dos que venían conmigo y un profesor de Victoria, conocido por el camino, se encerraron en un feroz póker, con aguardiente, arrollado y sopaipillas.

Dentro del hotel el aire estaba pesado: con el humo de los braseros se veía todo azul. Teníamos los ojos colorados, nos picaban las narices. Las baratas caminaban como atontadas dando vueltas; había muchas.

A mí el póker nunca me ha gustado. Casi ningún juego me llama la atención. Antes, en Santiago, iba a las carreras los domingos, pero de eso hace años, antes de militar. Después nunca falta que el mitin, que el acto, la reunión o algo. Aunque de vez en cuando venga algún documento que es intolerable que un militante no tenga un día para dedicar al hogar, etc.

Comí algo y salí a la puerta a tomar aire y a mirar como llovía. Estaba lloviendo muy fuerte. El hotel queda fren-

te a la plaza. Todo chorreaba. Los árboles parecían pollos entumidos. A ratos venían nubadas como si baldearan, después la lluvia se iba, raleaba, ya parecía que iba a aclarar, cuando volvía con más furia.

En eso veo a la dueña, muy gorda, sentada en su sillón de mimbre, tomando mate, con el brasero al lado y la tetera de guardia. Callada, mirando llover.

La saludé y me hizo una inclinación sin sacar la boca de la bombilla (o la bombilla de la boca, ¿cómo es?).

Al lado del quiosco se veían unos bultos. Parecían sacos o algo así hasta que en eso uno se movió, como acurrucándose. Miro con más atención y veo que es gente, seguramente chiquillos, todos encogidos, pasando el agua. La dueña miraba para allá también, sin arrugarse.

—Señora —le dije—, esos que se ven ahí, ¿son chiquillos, parece?

—Así me parece —dijo ella. No me simpatizaba.

—Pero... ¿quiénes son?

—Han de ser los que lustran en la plaza —y con la última chupada, sonora, terminó de secar el mate.

—Pobres —dije yo—, van a quedar como diucas.

—Están acostumbrados —dijo ella tranquila—. No hay que hacerles juicio. Lo que escampe se van para la casa y allá los secan a punta de palos. Eso es lo que les hace falta.

—A lo mejor se enferman —le comenté—. ¿Por qué no los deja que se reparen un poco aquí en la galería?

Estaba llenando otra vez el mate y al oírme se le llegó a caer el chorro de la tetera encima de las brasas:

—¡Cómo se le ocurre! —dijo toda sofocada—, esos son unos bandidos. Viven al otro lado del río en una población

que es una mugre. Es gente de lo peor. Dan asco las casuchas que tienen. Son unos verdaderos bandidos.

—Está bien, no se enoje. Yo decía no más. Me da no sé qué. Bueno, me da lástima, con esta lluvia...

Ella resopló:

—¡Lástima! Se ve que usted no es de por aquí.

—No —le dije—, no soy nada de por aquí.

Nos quedamos callados. Yo tenía ganas de patearla.

—¿Sabe? —empezó ella de repente—. A mí los que me dan lástima son esos otros, que llegaron hace poco. Esos sí que están mal.

Yo paré la oreja:

—¿Llegaron? ¿De dónde?

—Ni sé. Del norte, creo. Dicen que es gente mala. Comunistas, dicen. El cura aquí es mucho lo que habla, lo mismo el Gobernador, pero quizás si ha de ser tanto. Las mujeres siempre van a la iglesia. Sobre todo la más jovencita, la que está esperando familia. Y pasan tantísima necesidad.

—¿Cuándo llegaron? —le pregunté así, haciéndome el tonto, como sin interés.

—Hará quince días —dijo ella, con la bombilla en la boca—. Nadie les ha dado trabajo, pero no los dejan irse tampoco. Andan pidiendo limosna, aunque se nota que no tienen costumbre de eso. Vendieron todito lo que traían. Fuera de la ropa no sé qué les pueda ir quedando ahora. Casi nadie les habla tampoco, con lo que dijo el cura y el miedo de la gente. Ayer yo les compré una cuchara que les quedaba. No me hacía falta, fue más por ayudarlos. A mí me dan lástima, sobre todo ahora que ha llovido tantísimo. También, hartito que se arriesga una haciendo esas cosas.

—¿Dónde paran? —le pregunté—, ¿los tienen en el Regimiento, en el retén o alguna parte así?

—No, si aquí no hay Regimiento y el retén es más chico que la casita del water que tengo al fondo. Están en el estadio.

—Bueno, pero ahí tendrán un techo por lo menos.

—¿Techo? —dijo ella—, ¿de qué, de adónde?

No la escuché más, ni me importó lo que pensara: partí corriendo. A tres cuadras de la plaza ya no había calles ni nada. El agua hacía gorgoritos y el barro estaba como jabón.

No supe cómo, pero llegué al estadio (había estado antes una vez). Había una reja medio tumbada, toda desmoronada la base de ladrillos y al otro lado una tapia de tablas inclinadas, verdes.

Trotando pasé por el hueco del medio, donde antes estuvo la puerta.

Me paró un grito:

—¿Adónde va?

No me dí cuenta primero de quién había sido, hasta que vi una brasa de cigarro colgada en lo oscuro, dentro de la caseta que usaban para vender las entradas.

Seguí caminando como si tal cosa. El cigarro se movió. Se oyó un grito fuerte:

—¡Alto!

A la entrada de la caseta apareció un fulano de abrigo y sombrero.

—Perdón —le dije con inocencia—, ¿me hablaba a mí, señor?

—A ti —dijo—, ven para acá.

Metí las manos en los bolsillos y me acerqué caminan-

do despacio, como quien está en su casa. Tenía los calcetines empapados y el agua me chorreaba del sombrero al cogote y por el cogote hasta la espalda.

Me preguntó qué andaba haciendo por ahí, haciéndose el perro. Tenía un bigote de huaso, nariz de bueno para el trago y en el fondo no estaba contento de esa guardia. Yo lo miré fijo y le pregunté quién era él, por qué se ponía a hacerme preguntas, lo humillé: ¿es rondín usted?, y por último, qué le importa quién viene o no viene al estadio, ¿o acaso hay que pagar la entrada, señor?

Se confundió algo, pero me mostró la placa y se acordó que era de Investigaciones. Se puso tirano de nuevo. Con toda prosa, entonces, yo eché mano al bolsillo y saqué un permiso que nos había dado el Intendente para ver todo lo más importante y que nos dieran facilidades: todo por la Semana del Turismo. Saqué el papel.

Trató de leerlo, pero la lluvia no lo dejaba ver nada. El papel se mojó y empezó a romperse, se le apagó el cigarro.

Por último me dijo que podía pasar, pero que no entrara más allá de la gradería.

—¿Sabe lo que pasa? —me dijo—. Es que aquí tienen unos relegados comunistas, así que tenga cuidado. Estos son elementos peligrosos. A mí me mandaron a dar una vuelta por aquí... ¡por la pura arveja! Podía estar lo más tranquilo tomándome un trago en el Club o donde la Mery y el jefe me tiene que mandar para acá. Pero en cuanto escampe me largo, ¡palabra! Bueno..., pero, ¿y usted qué viene a hacer al estadio?

—Va a haber un festival muy grande, un rodeo y un campeonato de fútbol, se va a elegir la reina, etc. Yo tengo

que ver más o menos cómo es el estadio, ¿ve? También vamos a filmar aquí. Y como me voy mañana a primera hora, por eso es que tuve que venir ahora, ¿ve? Para ver dónde se van a ubicar las cosas y todo...

Me saludó de mano (qué le va a hacer uno), dio media vuelta y se metió de nuevo en la caseta. Yo partí caminando. A los pocos pasos miré para ver qué hacía. Se le vio la cara un momento, mientras encendía otro cigarro. Después no quedó más que la brasa, colgada en lo oscuro.

La gradería era una especie de andamio, unos palos de gallinero torcidos, verdes por encima. Me encaramé a resbalones para ver donde podían estar los compañeros. Me pesaba el abrigo, empapado. La cancha era un puro peladero grande, con dos lagunas frente a los arcos y otra más chica al centro. Alrededor había un barro negro que, en otro tiempo, ha de haber sido pista de atletismo. Hacia el norte se divisaba un montón de carbón desparramado, piedras y maleza. Después una tapia, unos árboles y detrás empezaba ya la estación. No se veía ninguna construcción.

Pensé que no estaban, tal vez por la lluvia los han llevado a otra parte, menos mal, eso que sea. Aunque, pensándolo mejor, ¿entonces lo que dijo el agente?

Por las dudas, decidí dar una vuelta por toda la orilla, siguiendo la tapia que marcaba el límite del terreno del estadio. Crucé la cancha de lado a lado y me fui hacia el sur. Barro y barro. Miré de nuevo. Estaba cada vez más oscuro. Al fondo había dos sauces, llorones, claro, y unas zarzas. Me acordé del hotel, calentito, de las sopaipillas, y casi parto. Pero seguí hasta el final.

Debajo, entremedio de las zarzas estaban los camaradas.

Metidos en camas de barro, con las caras blancas de frío (eso fue lo primero que vi: las caras), estaban los dos, con sus compañeras, con los cinco niños apretujados. Una de las compañeras tenía la guagua abrazada para conservar el calor. Con cartones, con latas, con mierda, qué sé yo, habían hecho algo como un techo que no era techo y una pared sin pared. Me agaché para mirarlos mejor y ellos también me quedaron mirando de una manera tremenda, sin hablar.

—Compañeritos, por la cresta —les dije, y después me vino una cosa rara, que no podía hablar.

—¿Quién es usted? —dijo uno.

La voz me salía apenas:

—Compañero. Soy compañero del Partido.

No podían creer. Las mujeres se pusieron a llorar de miedo o de esperanza. Asustados, los niños también comenzaron a llorar.

—Mire, yo no creo que usted nos quiera engañar —dijo el chico—. Nosotros no sabemos nada. Somos dirigentes del salitre, nos trajeron, no tenemos donde alojar. Hoy fue pan lo único que conseguimos. La compañera ya apenas tiene leche para la guagua. No sabemos nada. Llegaron y nos metieron al tren con bala en boca. Si no es que las compañeras se agarraron a nosotros como locas, allá habían quedado solas. No sabemos ni dónde estamos, adónde podemos irnos, compañero. O, señor. Perdone.

El otro, que era grande y huesudo, lo hizo callar y salió de entre las zarzas. Me miró fijo.

—¿Usted es del Partido?

—Sí. Soy de Santiago. Llegué aquí por casualidad, ando en otras cosas y entonces voy sabiendo que están ustedes aquí.

—Su carnet.

Me registré los bolsillos, pero no lo tenía. En tiempos ilegales uno no anda con carnet a cada rato. El se quedó callado un rato, pensando. Después me dijo:

—No le puedo creer, oiga. ¿Cómo me prueba que es comunista y que no es una provocación?

Hablaba serio, como con pena, pero firme. Yo me sentía confundido. Qué hacer, qué hacer... Entonces levanté la cabeza y empecé, tal vez desafinado, pero con toda el alma:

“Arriba los pobres del mundo
de pie los esclavos sin pan...”

El chico salió también de la “casa”. Se paró muy tieso, cuadrado y levantó el puño, un puño chico, no muy apretado y el brazo estirado hacia adelante, como si estuviera sosteniendo un paraguas, que harta falta nos hacía. Cantamos los tres juntos. La lluvia nos mojaba la cara y nos lavaba las lágrimas. Llorábamos a moco tendido.

Después nos abrazamos. Ellos estaban como borrachos y me pegaban en las costillas. Las mujeres consolaban a los chiquillos, llorando más que ellos y la guagua dormía, pese a todo, envuelta en un chal muy sucio y con una manchita de barro en la nariz.

Llegando a Santiago fui donde Galo a darle cuenta de la jira. Y salió también lo de los relegados del estadio de R. Se puso bastante enojado el compañero y me dijo que hablara con César en el Comité de Solidaridad.

César echaba maldiciones, se paseaba como un león.

Después los compañeros juntaron remedios, leche condensada, porotos, duraznos en conserva, algo de ropa y les llevaron todo en el auto de un doctor amigo del Partido. Se movió la cosa política con aliados, para conseguir que los trasladaran siquiera a la capital de la provincia o a otro pueblo donde pudieran conseguir trabajo y alojamiento. El traslado se consiguió. Bajo techo, en una pensión, estuvieron como un mes. Pero la noche que escaparon, estaba lloviendo.

Santiago, 1949.

BARRIO

Había una vez una familia bien pobre, que vivía en el segundo piso de la casa de doña Mercedes.

Esa casa de doña Mercedes es igual que ella. Le pusieron andamios para acicalarla un poco y que se viera más joven —igual doña Mercedes, con su faja—, pero la cosa fue, a lo mejor, peor. La iban a pintar, pero primero la rasparon, taparon unos hoyos con barro y le pusieron abajo un poco de cemento. Alcanzaron a echarle pintura en un solo lado. Después la plata se acabó. En los bajos comieron sandías, duraznos, uvas, manzanas y naranjas, según fue pasando el tiempo y después hicieron sopaipillas, todos andaban temiendo que don Alberto no pasara el invierno, pero no sufrió ni una caída a la cama, ni una tos, así que cuando murió de repente, del corazón, todos se extrañaron. Donde don Augusto se dio vuelta un brasero y hay que ver que se pasó susto: casi fue incendio. En todas las paredes del barrio aparecieron consignas nuevas, escritas con alquitrán, que cuesta tanto sacarlo y eso fue porque hubo modificaciones en la situación política internacional, y en la nacional, por lo consiguiente, y los jóvenes comunistas hicieron mejor trabajo

que antes, aunque todavía por debajo de sus posibilidades, en opinión del Secretario. Cuando llovió tan fuerte, esa vez, se cayeron unos pedazos del barro de la muralla de casa de doña Mercedes y en los bajos se inundó la pieza del zapatero; pieza que tiene su historia, porque el zapatero la arrendaba "por ratos" y los arrendatarios siempre entraban de a dos, hombre y mujer, y salían con la cara colorada y con mucho amor. Los andamios no los sacaron nunca —porque a lo mejor llegaban pesos de alguna parte— y en las noches dormían debajo y también hacían lo que usted sabe, y sus necesidades.

Doña Mercedes era como su casa. No se veía más joven con su faja, sino más bien más vieja. Le sobraba por arriba y por abajo. La pintura que tanto se ponía tampoco la favorecía. Todos comentaban que algo pasaba entre ella y el joven que le arrendaba en el fondo. El pobre estaba flaco y pálido, pero le subían buenos colores cuando ella lo salía a recibir y lo abrazaba con tanto cariño, mientras él manoteaba como un náufrago entre los pechos de ella y trataba de escapar. Doña Mercedes andaba toda la mañana en bata, con papelitos en el pelo y con la cara brillante. Era muy balanceada para caminar.

También la casa parecía un buque, sobre todo cuando la señora Rosa colgaba ropa en el segundo piso, aprovechando los andamios de que ya se habló.

La señora Rosa era la dueña de casa en esta familia tan pobre, pero tan pobre, que vivía en la pieza del medio en el segundo piso de la casa de doña Mercedes. Pero no era dueña de casa, ni de nada, porque Juan trabajaba en la construcción, o sea, que muchas veces no trabajaba y ahora últi-

mo, cada vez menos; con lo cual poca cosa les quedaba. Antes habían estado en el norte, en el salitre, y allá habían hecho a Juanito, a la Chepita, al Carlos y al Toño. Después la Oficina empezó a achicar los turnos. A Juan le tocó en el segundo grupo de los que salieron.

Debían tres meses y doña Mercedes estaba algo furiosa. Les quitó lo que pudo, pero en total fue poca cosa, porque el menaje y la ropa estaban en la Caja. Juan tenía todos los boletos clavados con alfileres a la cabecera del catre. Bueno, Juan le dijo que si quería nos vamos, yo no tengo, señora, para qué la voy a engañar, si me lanza no me enoja, le dijo. No, de aquí no se va y yo no le dejo sacar nada tampoco hasta que encuentre trabajo y me pague, fue lo que dijo ella. Juan se quedó preocupado, pero no dejó que se conociera, porque ya tenía vista la parte adonde irse, y que era más barata.

—Así es menos lo que vamos a quedar debiendo —le dijo a la señora Rosa.

—Menos será —dijo ella—, ¿pero cómo nos vamos a llevar las cosas?

—Eso no sería problema —dijo Juan. Porque él había hablado con Jiménez, ¿se acordaba de Jiménez, que vendía verdura: zapallos, repollos, lechugas, tomates, en un carrétón? ¿Se acordaba, ah? Bueno, con él había hablado y le había pedido que le prestara el vehículo para el traslado y aunque había puesto inconvenientes, porque él con eso perdía de trabajar, al final dijo que bueno.

—Está muy bien —dijo la señora Rosa—, pero la cosa es que no tenemos salvoconducto y la autoridad en cuanto vea la mudanza, lo va a pedir.

—No —dijo Juan—, no se preocupe, señora, porque eso lo tengo arreglado.

—¿Cómo? —dijo ella—, ¿arreglado, cómo?

—No —le dijo Juan—, le digo que de eso no se preocupe, va a ver. Lo que sí es problema es que no nos vea la patrona.

Pero doña Mercedes dormía una gran siesta cuando Juan, la señora Rosa, Juanito, la Chepita, Carlos y el zapatero empezaron el traslado, el domingo en la tarde.

Se juntó público. Don Rufino, que era el cuidador del Club Deportivo, se paró en la puerta a observar y otros dos, que estaban adentro, suspendieron el dominó y lo acompañaron. Los chiquillos de la cuadra dejaron de jugar con la pelota de trapo, los dos choferes de taxis de la esquina postergaron su discusión política para después de la mudanza y doña Rosalba, que siempre se instalaba a tejer en la puerta de su casa, trajo mucho más acá su sillón de mimbre y más tarde tuvo que rehacer un gran trozo de tejido porque se olvidó del rebaje.

Toñito se puso insoportable: lloró y lloró. Tenía la cara sucia y le colgaban los mocos de las narices. Se echó al suelo y se revolcó. Primero trató de consolarlo la Chepita, sin resultado. Después la señora Rosa le pegó, pero él lloró más todavía. Los gritos de Juan tampoco resolvieron el problema. El zapatero descubrió el mejor sistema: le dio un pan, con eso se entretuvo. Chupó durante largo rato y se fue llenando de pan mojado las manos, la ropa, las narices, las cejas, el pelo. A ratos recordaba su pena anterior y entonces lloraba o gemía un poco, sin estar muy convencido, más bien por mantener las formas.

El traslado fue rápido y en puntas de pies. El carretón lo habían dejado a la vuelta de la esquina, por si acaso, y tenían que caminar buen trecho hasta llegar a él. Siempre se quedaba alguno al lado, mientras los otros iban a buscar las cosas, pero hubo un momento que se descuidaron y seguramente ahí fue cuando robaron el cuadrito del Sagrado Corazón, aunque tal vez se les olvidó sacarlo. La señora Rosa no estaba bien segura, pero de todas maneras, no se consoló nunca.

En cambio, trajeron por equivocación una olla de aluminio casi nueva que era de doña Mercedes. Después, ¿que no se hubieran acordado nunca de ir a devolverla?

La señora Rosa partió adelante en un carro, para tenerle todo preparado a Juan cuando llegara. Se despidió de todos muy apurada y partió con la prole. Al Toñito le vino otro ataque de llanto. Ese niño estaba muy sucio.

Para despedir a Juan se había reunido casi toda la gente de la cuadra. El les hizo un gesto un poco suficiente, deportivo, y después echó a andar el carretón de un solo impulso. Varios le dijeron hasta luego, que le vaya bien, y doña Rosalba aprovechó de llorar un poco. Todos pusieron una cara especial. Estaban serios. Pero no dejó de darles risa cuando a los diez pasos se le cayó la bacinica. Villalobos, que era el mejor arquero del barrio en juveniles, la recogió y la puso a bordo otra vez. Juan dobló la primera esquina.

Un carabinero fue lo primero que vio. La autoridad estaba en la mitad de la cuadra —cara de huaso, uniforme verde y un palo colgado de la muñeca derecha—, escribiendo en su libreta. Tenía la lengua salida por un costado de la boca y la sujetaba entre los dientes. Subiendo y bajando las

cejas seguía el movimiento del lápiz de anilina “en circunstancias que”.

Juan se afirmó los pantalones. Carraspeó y gritó su rosario:

—¡Compro fierro viejo, botellas, ropa usada, somieres, fierro viejo compro!

El carabinero lo miró distraídamente, chupó el lápiz —¿cómo es: deliberado o deliverado?— y volvió a escribir, subiendo y bajando las cejas, con la lengua salida y sujeta entre los dientes.

Todos volvieron a hacer lo que estaban haciendo. Doña Rosalba tuvo que contar muchos puntos de nuevo; los del dominó vieron que ya era muy tarde y partieron al estadio; don Rufino protestó porque todos los dominós estaban desparramados, les dijo que no aprenderían nunca, de aquí no me sale nadie hasta que no dejen todo ordenado, parecía mentira con todo lo que se les dice y con las recomendaciones, ¿qué era lo primero que se veía al entrar? “Mantén el orden y el aseo de tu CLUB”, no merecían ser socios, más eran las molestias y... ¡bah!, ya se habían ido; los chiquillos reanudaron su partida y los choferes llegaron a la conclusión de que el de abajo siempre saca lo peor, con la guerra el trabajador no gana ninguna cosa, ¿se acuerda el racionamiento de la bencina?, en cambio los ricos se hacen más ricos.

Doña Mercedes se apartó de la ventana del segundo piso, desde donde había visto todo. Se encogió de hombros: si quieren se van todos, nadie les va a rogar. Pero le tembló la barbilla: se sentó en el suelo a llorar.

La familia que hay ahora en la pieza del medio también es pobre, pero hasta ahora están pagando.

Aparecieron unas palomas que nadie sabe de donde vinieron. La niñita les da migas de pan, ahí mismo en el andamio. La pobre tiene las piernecitas torcidas y tan flacas que es una pena. No camina nadita. Pero el hermano, que ya está trabajando —lo mandaron a la Fundición—, se mueve por ella y por todos los demás. Tiene el pelo colorado y parece que adentro de la cabeza tiene el mismo color porque si ese letrero al lado afuera de la Comisaría no lo pintó él, ¿entonces quién? El día menos pensado lo van a pillar por la letra. Pedro se llama el dueño de casa, la señora se llama María. No son de aquí. Vinieron del sur, de cuando cerraron la fábrica cerca de Concepción. Dicen que él es muy técnico, pero aquí está de ascensorista y gracias que encontró algo.

—Es por la crise —dijo uno de los choferes—, por eso que está llegando tantísimo obrero. Pero aquí también está haciendo menos trabajo, así que...

El otro dijo:

—Yo no sé, yo no sé, en este país algo va a pasar.

Doña Mercedes le dijo al zapatero que ahora sí que era cierto, que para el otro mes terminaba de hacer pintar y hacía sacar esos andamios, que me tienen loca, así esto no parece casa seria. El zapatero le hallaba la razón en todo; estaba colorado y se pegó dos martillazos en los dedos, porque tenía una pareja en la pieza y, si salían, ella se iba a dar cuenta.

En eso, menos mal, llegó el joven flaco del fondo. Doña

Mercedes se le prendió del brazo, mijito por qué llega a esta hora, y se lo llevó para adentro.

Los andamios pasaron igual todo el verano y el otoño. A entrada de invierno, doña Mercedes los hizo sacar. Vinieron dos que nunca habían hecho ese trabajo, los botaron a hachazos, como árboles, y se pagaron en madera. Menos mal que así hubo leña, porque los fríos fueron grandes, aunque apenas llovió.

Santiago, 1950.

EL DESAHOGO

—Yo soy de Teno —me dijo.

—Yo soy de Santiago —le contesté.

Me quedó mirando por debajo del sombrero, con la cabeza caída sobre el pecho, colgando al final de un largo cogote. Me miraba con ojos humildes y opacos.

—Perdone, qué se le ofrece —le dije levantándome a medias, enredado en la silla, en mi propia "agudeza", en la mesa demasiado chica donde escribía a máquina—, siéntese, espere un momentito.

—Ya —me dijo con un suspiro-resoplido. Se sentó torpemente, frente a mí, la espalda curvada hacia adelante, la cabeza colgando, con el sombrero encasquetado, las manos colgando entre las rodillas, mientras yo zapateaba las últimas líneas del editorial.

Corrí al taller a entregarlo. El regente me recibió burlescamente, con aplausos:

—¡A qué se debe este milagro! Apenas media hora de atraso... —y los linógrafos reían entre dientes.

—Arregle su reloj, camarada —le dije (por decir algo). Después vino Vargas (el chico), y me contó uno de ele-

fantes. Traté de celebrárselo con sinceridad y le conté el de la gallina. Mostró los dientes sin ganas, en represalia, pero advertí que trataba de aprendérselo para contarlo él. Hacía calor. Pasó el español, blanco y gordo, en camiseta y calzoncillos, rumbo a la ducha: le silbaron y le tiraron besos. Como siempre.

—No se vaya, jefato —me dijo Díaz—, tómese un tecito.

Flotaban palos de origen ignoto en la superficie del té. Su sabor recordaba el tanino o alguna otra substancia química de uso industrial. Demoré largo rato en beberlo, porque estaba muy caliente y porque la ceremonia, junto a la rotativa, incluía las habituales evocaciones del salitre, El Teniente y otras faenas.

Cuando volví a la redacción, todos habían partido, menos el hombre de Teno. Se veían solas y frágiles las mesitas grises de patas metálicas, cada una con su máquina de escribir encima, diseminadas sobre el piso de baldosas. La gran sala estaba iluminada solamente por un farol de la calle, cuya luz, filtrada por entre el follaje del único árbol de la cuadra, vestía de hojas y ramas cimbreantes los muros desnudos, de cemento.

El hombre estaba sentado exactamente en el mismo lugar y en la misma posición, como un cochero cansado.

—Pucha, perdone —le dije—, me demoraron mucho en el taller. ¿Lo dejaron a oscuras?

Me miró como antes, sin decir nada, parpadeando un poco para acostumbrar la vista a la luz de los tubos, que yo había encendido nuevamente.

—¿Qué se le ofrece? ¿Usted traía alguna noticia?

—Ya —suspiró y resopló al mismo tiempo—. Yo quería hacerle una denuncia, aquí, para el diario.

Miré el reloj. Estuve a punto de decirle que ya era demasiado tarde, que regresara al día siguiente. Pero, en fin... Me dejé caer en una silla:

—Diga no más.

—La justicia me ha sido alversa, señor.

Hablaba como campesino, terminaba las frases en false-te. Exponía con mucho orden, con una monotonía melancólica, los hechos que le habían ocurrido.

—El 21 de octubre fui asaltado, señor, en el camino de Teno a Mica, a la altura de la isla de Martín. Me robaron cuarenta mil pesos. También me pegaron con un palo y me patearon.

Suspiró. Fijó los ojos en el cielorraso como si allí se proyectara un film en el que todo volviera a suceder. Involuntariamente, levanté la vista también, pero el cemento no me mostraba nada. Carraspeé, tomé una nota: "asalto... Teno... E° 40".

—¿Usted sabe quiénes lo asaltaron?

—Sí. Yo vide que fueron el Víctor Lucero, el Rogelio Contreras, el Belarmino Lucero y el Jenor Figueroa. Cuando estuve algo repuesto y entodavía chorreando sangre de una herida que me hicieron en esta parte —mostró una cicatriz rojiza en el cuello—, fui hasta el retén de Tutubén.

—Ya. ¿Y qué le dijeron ahí?

—Bueno, ahí dejaron la constancia en el parte número 37. Esa fue la primera y nada conseguí en mi favor. Endei que vino la segunda...

Su manera de relatar era tal vez la manera propia

de un hombre que repite a diario, en un vehículo o a pie, a paso lento, siempre igual, un camino conocido. Una narración que sigue un curso invariable y que va encontrando siempre los mismos accidentes, como una ruta en la que se sabe que después del murallón de adobe con tejas vendrá un potrero de trébol bordeado de álamos y luego el portón de la lechería vieja incendiada, abandonada, cayéndose a pedazos y después la viña de los Correas, etc. Un estilo de carretelero.

—¿Ud. es carretelero?

—Comerciante, señor —dijo algo ofendido—, tengo, es decir, tenía una carretela, pero no soy “carretelero”. Yo estoy radicado en Teno, toda la gente me conoce, no soy uno que anda por ahí.

—Está bien. Entonces, ¿Usted quería denunciar este asalto que le hicieron?

—No, espérese. Es que me han sucedido otras cosas. Ya le decía que la primera fue el asalto. Endei vino la segunda.

—Sí.

Miró hacia arriba y enteló por un momento los ojos, como una gallina al beber:

—La segunda, yo iba, pues, por ese mismo camino cuando viene don Carlos Martínez. ¿Lo conoce?

—No. Creo que no. ¿Qué hace?

—Bueno, él tiene unas tierras. Es persona muy conocida en Teno. De mucho respeto. Viene, pues, don Carlos Martínez en su camioneta y me atropella.

—¿Ud. iba en su carretela?

—Este... no, porque como iba ahí no más al bajo... A pie no más iba.

—¿Entonces?

—¡Me!, que me atropella y ahí me deja botado en el camino, sin prestarme auxilio. Siempre han sido así los Martínez, gente muy soberbia. Como pude, me levanté y llegué caminando al hospital. El doctor me encontró una mediana gravedad, dijo. El carabinero de turno tomó su nota para informar, me supongo, a la Comisaría. Y eso fue todo porque nada conseguí en mi favor.

—¿Pero no siguió un juicio usted, no le pagaron indemnización, algo?

—No, señor. Ni una cosa.

—Bueno. Entonces, lo que usted quiere es que hagamos un párrafo diciendo que...

—Aguántese un poco, caballero. Esa fue la segunda que le dije. Lo de cuando don Carlos Martínez me atropelló con su camioneta. Y viene la tercera.

Llevaba la cuenta de sus calamidades con los dedos de la mano izquierda. Los iba doblando, uno a uno, a medida que adelantaba en el camino. Al hablar, adquiría un cierto vaivén entrecortado, como si lo sacudiera el trote de un par de caballos flacos, los hombros caídos, la cabeza muy suelta caída sobre el pecho, cubierta por su sombrero castigado por la intemperie, los ojos hundidos y opacos mirando por abajo.

—Andaba, pues, el chófer Bernardo Lobos manejando la camioneta del señor Luco y había estado tomando de temprano, es que. Con lo que echó la camioneta encima de mi carretela, que yo la tenía parada frente a mi casa, en calle Balmaceda, ahí. Me la hizo totalmente pedazos que quedó malograda sin remedio. Entonces yo dí cuenta al retén de Tutubén y les llevé testigos que vieron el caso. Los carabine-

ros escribieron el parte número 31, el día 2 de noviembre y nada conseguí en mi favor. Esa fue la tercera.

—¿Todavía hay más?

Me miró, miró el cielorraso y dobló otro dedo de la mano izquierda:

—La cuarta. Esa fue el 6 de diciembre y yo dejé constancia en el retén de Tutubén, fue el parte 59. Entre el día 2 y el día 5 de ese mes, encontrándome en pana con mi carretela...

—¿Cómo? ¿Pero no me dijo que se la habían dejado hecha pedazos?

—No, pues, era otra es que. Una chica, me la prestó mi cuñado. La mía quedó en pura astilla. Entonces va y pasa por mi lado uno de los mismos que anteriormente me asaltaron. El Víctor Lucero. Este individuo me provocó de tal modo y tuve pues, que darle respuesta, aunque más no fue que todo de palabra. Entonces él va y tiene la desvergüenza de hacerme una demanda al juzgado y el juez sin averiguar procedió pues señor, a encarcelarme sin darme ni tan siquiera lugar a defensa.

—¡Pero, es increíble! ¡Qué mala suerte! —le dije. Y comencé a sentirme sacudido por una risa nerviosa, que traté de disimular tosiendo.

El me miró seriamente y dobló el pulgar de la mano izquierda, que quedó así empuñada:

—Y viene la quinta.

Sentí que me ahogaba, entre un acceso de tos, ahora auténtico, y un ataque de risa torrencial, que trataba de reprimir mordiéndome los labios e insultándome mudamente: "Cálmate, mierda, no te rías, cabrón".

—Estando en la cárcel —dijo el hombre—, me robaron los dos caballos de mi carretela, que eran los que me daban sustento, a mí y a mi familia, tengo cuatro niños en la casa.

—¿Los caballos... también? —le dije apenas.

—Sí —suspiró—, pero va a creer que no se conformaron con el robo sino que después van y los amarran a mis caballos con alambre de púa y los echan a la línea del tren, donde viene y los atropella el expreso dejándolo que no se pudo aprovechar ni la carne, pues, señor.

No pude hacer más que unos ruidos ahogados.

—Puse la denuncia...

—¿En el... retén... de Tutubén? —le pregunté.

—Ahí mismo —dijo, repitiendo ese ruido entre suspiro y resoplido—, pero nada conseguí en mi favor. Ahí fue la quinta.

Abrí la boca dos, tres veces, pero no pude hablar. La risa, la tos, me ahogaban.

—Bueno, esa es su denuncia —logré decirle por último—. Pero hay muchos hechos distintos. ¿Usted quiere que yo le haga una publicación, un párrafo?

—Sí, patrón.

—No me diga patrón. Yo soy un trabajador igual que usted. Este diario es del pueblo.

—Sí pa... sí, señor, perdone.

De pronto recuperé la serenidad y me sentí fastidiado y confuso:

—Oiga, pero mire, ¿qué clase de denuncia sería ésta? ¿Contra quién quiere quejarse? Están primero los que lo asaltaron.

—Sí, señor —y empezó de nuevo a llevar la cuenta con los dedos.

—Están los carabineros del retén de Tutubén.

—Sí, pues —suspiró-resopló, y dobló otro dedo.

—Está ese que lo atropelló con la camioneta.

—Don Carlos Martínez —acotó.

—Sí, *don* Carlos Martínez. Bueno, y el chofer que le chocó la carretela, y el que lo provocó, y... ¡ah, bueno! el juez que lo mandó preso y los que le robaron los caballos...

—¿Sabe qué? —me dijo, levantando la mano izquierda, con cuatro dedos doblados—, para mí que los que hicieron eso con los caballos fueron los mismos que me asaltaron.

—¿Sí? ¿Por qué? ¿Tiene alguna prueba?

—¿Prueba? —repitió la palabra como si no la conociera.

—Bueno, pues, si usted sabe si alguien vio que eran ellos o si dejaron algún rastro, alguna cosa.

—¿Sabe? No, señor. No tengo ni una prueba de eso. Pero han de haber sido ellos. ¿Quién otro en Teno iba a hacer una maldad tan grande?

—Pucha —le dije exasperado—, ¿qué diablos quiere que digamos?

—Que digan... No, señor. Nada, señor.

Nos miramos en silencio durante largo rato.

—Pero entonces... —dije.

—¿No es cierto que no hay derecho que a un cristiano se le junte tanta máquina?

—Cierto, pero...

—Yo dije: "estoy meado de perro". Me vino tanta pena que no podía ni tragar y me salieron piojos, que hacía años que ya no tenía. La señora trataba de consolarme, hizo una manda y un sahumero para el mal jurado. Un día vimos el diario, lo llevó mi hijo que está en las viñas por Molina. Ahí

en el diario venía un caso de mucho abuso que habían hecho con una familia y la señora me dijo: "Vaya a ver si en esa prensa pueden poner algo. O si no, más que sea, el viaje vale por el desahogo, se nota que son gente buena". Mi cuñado trabaja en la carretela y como él traía una carga hasta Santiago, con él me vine y aquí he venido.

—Bueno, ¿y? ¿Eso era todo?

—Bueno, sí, pero también... yo sería su agradecido si me pusiera algo así, un poquito —indicó el tamaño entre el pulgar y el índice—, de si no hubiera alguna persona que tuviera en venta una carretela. No importaría que fuera viejita. Puede ser el caso, digo yo, de alguna persona que haya muerto y haya dejado una mujer o una hija sola, pongámosle, que no tenga modo de trabajar la carretela. No es trabajo para mujer. Claro que yo no tendría así, fondos, para pagarle, muy poquito no más, pero ya teniéndola y trabajándola podría ir enterando, ¿no ve? Yo le sería su agradecido si usted hiciera eso, así ya me voy tranquilo y más desahogado, mi cuñado parte ya luego, a las cinco, de la Estación Central y hasta Teno hay que ver que es largo, no llegamos hasta pasado mañana por la noche y eso que los caballos de él son grandes y están con toda la fuerza, no como los pobrecitos míos que habían de tener tan mal fin.

Santiago, 1963.

INDICE

	Págs.
	<hr/>
Nosotros	5
Achao	17
La denuncia	25
Tía	41
Campamento	51
Crónica	61
Canuto	81
Un señor oficial	89
Radioteatro	97
Quesillos	117
Relegados	125
Barrio	137
El desahogo	147



• José Miguel Varas es santiaguino, tiene 40 años, combina la literatura con el periodismo, la radio y la televisión. Su primer libro, "Cahuín", es publicado en 1946 (tenía entonces 18 años), hizo que se le considerara ante todo un humorista. Su novela "Porái" (1963) fue valorizada por el conocimiento que denotaba del lenguaje y la vida popular.

Estos cuentos que titula, con peligrosa ironía hacia sí mismo, "Lugares comunes", contienen aquellos elementos —humor, tipos y ambientes populares— y algo más: el mundo deformado de la radiotelefonía nacional y un cierto sentido periodístico (el autor prefiere llamarlo "documental"). El lenguaje es seco, funcional, sin arranques líricos, sin "literatura". Si en algún instante se produce un efecto poético, ello será resultado de una situación, no del verbo.

Cuentos de mineros, de amantes infelices, de una tía, de relegados políticos, de militares en retiro, de amantes felices, de un barrio de la ciudad, del campo, escritos entre 1950 y 1968, reflejan la trayectoria de un hombre que busca persistentemente, en los "lugares comunes" de la vida cotidiana, el material de sus sueños.

Los Editores.

PRINTED IN CHILE

FABRICACION CHILENA